



HAY UN  
**ANDROIDE**  
EN MI  
ARMARIO

OLAF SERRA

# **Hay un Androide en mi armario**

OLAF SERRA

Copyright © 2019 Olaf Serra

Todos los derechos reservados. Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin el previo permiso expreso del autor.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

ISBN: 9781798000243

Sello: Independently published

# SINOPSIS

Axel ha conseguido, sin saber muy bien cómo, construir un androide al que ha dotado de unas cualidades poco comunes, entre ellas, de un sentido del humor que a veces raya el absurdo. Deberá encontrar la manera con la que poder sacar partido a su invento. No le será fácil buscar financiación para su proyecto, es toda una aventura llena de obstáculos.

Es un imán que atrae a gente variopinta, eso le permite acumular experiencias divertidas y no faltas de mucha ironía. Deberá rodearse de gente de confianza y que le permitan cubrir todas aquellas facetas en las que es un pleno desastre.

*Acompáñalo en sus vicisitudes y  
situaciones de todo tipo.*

# CONTENIDO

CAPÍTULO 1. DESPERTANDO DEL LETARGO

CAPÍTULO 2. SOCIABILIZACIÓN

CAPÍTULO 3. DESCUBRIENDO EL MUNDO

CAPÍTULO 4. REPERCUSIÓN

CAPÍTULO 5. ANALIZANDO

CAPÍTULO 6. LA PROPUESTA

CAPÍTULO 7. PUESTA EN MARCHA

CAPÍTULO 8. CAMBIO DE RUMBO

CAPÍTULO 9. ARRINCONADO

CAPÍTULO 10. AVE FÉNIX

# CAPÍTULO 1. DESPERTANDO DEL LETARGO

Me he despertado tarde para variar. El despertador lleva una hora sonando, pero mi subconsciente no le ha hecho ni caso. Tengo sólo media hora para hacer todo el ritual de cada mañana, de lo contrario las siete plagas bíblicas pueden venir a mí. Con eso no se juega.

Me preparo un café con mi preciada cafetera de cápsulas. ¡Qué gran invento! El café siempre sale igual, en su punto, con su crema en su sitio y el tamaño exacto. ¡Qué más se puede pedir! Me lo tomo sentado en la mesita que tengo en la terraza, mientras me fumo un cigarro. Ya sé que es malo fumar, pero es el único vicio que tengo. Alguna vez se me ha pasado por la cabeza dejar el tabaco, pero nunca me lo he tomado realmente en serio. En cambio, más de una vez me han venido ganas de volver a fumar en pipa, era toda una experiencia. Tanto el ritual para encenderla, poniendo tras capas de tabaco, agujerearlas haciendo que tuviera un pequeño espacio por donde “respirar” y tras pasar el mechero por encima, ir dando caladas a la pipa para lograr que se encendiera, como si estuvieras haciendo fuego en una chimenea. Después, llegaba el disfrute máximo, aguantando la pipa con los labios, como si de Sherlock Holmes se tratara. ¡Elemental, querido Watson!

Tras el café, los intestinos ya empiezan su concierto y tengo que ir

rápidamente al baño. ¡Gracias, Dios mío, por no tener problemas de estreñimiento! Mientras voy apretando, no quito los ojos de la pantalla del móvil, para leer noticias o jugar a algún ridículo, pero adictivo juego. Por eso estoy más rato de lo que debería, motivo por el cual ya hace años empecé a tener problemas de hemorroides. Ya se han convertido en aquel extraño pasajero que te acompaña en todo momento. Llevo días intentando encontrar un nombre para mi extraña amiga “almorránica”, con el tiempo le he cogido cariño, pero no consigo dar con el nombre perfecto. Por el momento la llamo, simplemente, Almi.

Me levanto del retrete para iniciar la limpieza de rigor. Los que tenemos problemas de hemorroides, nos toca tener aún más cuidado con no dejar rastros ingratos. Las toallitas húmedas son mis aliadas, frescor y limpieza a partes iguales. Me quito el pijama y salto a la ducha. Me gusta usar esponja, para notar como el jabón se va repartiendo de manera homogénea, mientras el agua cae en cascada. Cierro el agua y me apresuro a secarme. ¡Ya podría alguien inventar un sistema de secado automático de personas! Eso de ir pasándote la toalla por todo el cuerpo, es un tostón y una pérdida de tiempo.

Tengo menos de cinco minutos, hoy tampoco he calculado bien. Salgo escopeteado del baño y una voz tras de mí, me increpa.

—¿Pero, aún estás aquí? Mira que llegas a ser lento.

Es mi androide personal y puede llegar a ser muy pesado. Maldito el día en que le activé el módulo de ironía.

—Tranquilo Dexter, voy bien de tiempo.

—Vas a llegar tarde a la reunión. Ya sabes que “Quien el tiempo quiere comprar, siempre tarde le toca llegar”.

—Estás obsesionado con lo de inventarte el refranero popular.

—Soy todo un pozo de sabiduría. Hazme caso y te irá bien en la vida.

—¡Amén, hermano!

—¿No vas a llevarme contigo?

—No, pesado. Ya llegará tu momento, no te impacientes.

—¡Eres lo peor!

Mientras estoy saliendo del piso, escucho el lloro de un bebé.

—Te tengo dicho que no me llores. Eres peor que un niño malcriado.

—¡Me tienes abandonado! Algo tendré que hacer.

Cierro la puerta esperando que ningún vecino lo haya escuchado. No me relaciono con nadie de la comunidad, soy de los de buenos días y buenas noches. No quisiera que alguno me parara y me diera conversación, vaya aburrimiento.

Tengo el coche en el taller y me toca coger el autobús. ¡Vaya putada! Nunca me ha gustado tener complejo de sándwich, ni tener que ser partícipe de una granja de olores “sobacales”. Tengo que estar recluido durante treinta minutos, podría ser peor, claro está. Creo que no soy mucho de quejarme, pero hay cosas que tocan lo que no suena.

Me han citado en una empresa de fabricación de robots de cocina, para que les explique mi proyecto. He preparado a conciencia un PowerPoint con todos los detalles, gráficos a todo color y muchos números. El androide que he creado está muy lejos de lo que hacen los robots de limpieza, está a otro nivel. Los sistemas de limpieza que hay en muchas casas, son aburridos y con una utilidad limitada, sin contar que es muy fácil que te puedas tropezar con ellos, todo un peligro para la integridad de sus dueños. Les quiero ofrecer la posibilidad que den a sus clientes toda una nueva evolución en robots para el hogar.

Me recibe una recepcionista la mar de simpática, de esas personas que parece que disfrutan con su trabajo. Cada vez quedan menos personas así, por desgracia.

—Hola. Me llamo Axel. Había quedado para reunirme con Anders Miller.

—Déjame ver. Sí, aquí lo veo. Voy a avisarle. Mientras, puedes esperarte en la sala de espera que hay en la puerta de enfrente.

—Perfecto, muchas gracias.

Me dirijo a la sala de espera que me ha indicado. Hay que reconocer que tienen unas oficinas espectaculares, se nota que la venta de robots de limpieza les va muy bien. Me siento en uno de los sofás a esperar. Son muy cómodos, ideales para echar una cabezadita. Mato el tiempo ojeando algunas revistas del corazón que tienen encima de una mesita, parece mentira lo que llegan a hacer algunos famosillos para seguir siendo noticia. Llego a la página de horóscopos y me detengo a ver qué tonterías dicen sobre el mío. Géminis: “La influencia de los astros potenciará la creatividad de Géminis en un momento



crucial para su carrera, lo que significa que habrá cambios significativos en el trabajo que traerán grandes oportunidades para que Géminis expanda sus horizontes profesionales.” Parece que me estén hablando a mí. ¿Habrán puesto alguna cámara oculta, quizás?

Una voz dulce, me hace regresar de las constelaciones en las que estaba inmerso.

—Disculpa. Ya te pueden recibir. Te acompaño.

—Muchas gracias.

Sigo a la recepcionista hasta una de las salas de reuniones.

—Buenos días. Soy Axel.

—Hola Axel. Bienvenido. ¿Has traído alguna presentación?

—Sí. He traído mi ordenador. ¿Lo puedo conectar con este televisor?

—Por supuesto. Aquí tienes el cable. Todo tuyo.

—Perfecto, gracias.

Enciendo el ordenador, pero la dicha no me acompaña. El puñetero Windows está actualizándose. ¡Vaya suerte la mía!

—Perdonad, pero le está costando encenderse.

Cinco largos minutos para que el sistema operativo se digna a acabar la dichosa actualización automática. Al final puedo abrir el PowerPoint y empezar la presentación.

—Disculpad la demora, el ordenador me ha jugado una mala pasada, pero ya estoy listo.

—Adelante. Un poco más y nos quedamos dormidos.

—El androide que he creado puede ofrecerles todo un nuevo horizonte en lo que a servicios robotizados para el hogar se refiere. Como se puede ver en las imágenes, el prototipo no tiene una silueta humanoide perfecta, pero mi idea es que pueda parecerse lo máximo posible a nosotros, con carne sintética para evitar al máximo el rechazo a lo extraño. Sus funciones son extraordinarias. Es capaz de tener conversaciones profundas, ideal para poder acompañarte en aquellos momentos en que la soledad te inunda el tiempo. Además, puede hacer cualquier tarea de limpieza del hogar con mayor precisión que sus robots, que son más limitados. Es capaz de barrer, fregar, sacar el polvo en los muebles, limpiar las cortinas, hacer la lavadora y tender

la ropa. Aún estoy trabajando en el programa de cocina, se me está resistiendo y por el momento lo máximo que he conseguido es que sea capaz de preparar bocadillos simples. Por otro lado, sería capaz de recibir paquetes o cartas certificadas, entre otras cosas.

—Suenan todo muy bonito. ¿Pero si es tan bueno y hace tantas cosas, por qué no lo fabricas y distribuyes tú mismo?

—No tengo los recursos económicos para poder fabricarlo en serie. Sin contar que aún quedan pequeños detalles que hay que ir solucionando.

—¿Entonces, aún no está preparado para su comercialización?

—No, pero está muy avanzado.

—¿Cuánto tiempo necesitas para tenerlo preparado?

—Con los recursos adecuados, calculo que en un año ya estará listo.

—Nos estás pidiendo que invirtamos en algo que está por ver. Nada tangible de verdad.

—Si quieren puedo venir un día con mi androide y así pueden verlo en directo. Seguro que les impresionará.

—No creo que sea necesario. La cifra que nos estás pidiendo está fuera de nuestro alcance. No podemos afrontar este tipo de inversiones. Lo siento.

—Bueno, si cambian de idea ya tienen mis datos para poder contactarme. Gracias por recibirme.

Que dura es la vida del buscador de financiación. Cada reunión es como golpearse fuertemente contra la pared. Se me están acabando las opciones y el dinero. Tenía unos ahorros, pero me los estoy puliendo a marchas forzadas. La única opción sería buscar empresas fuera de mi país, pero no tengo tanto dinero y mi inglés deja mucho que desear.

Me vuelvo a mi casa para llorar con la almohada. Me cabrea saber que tengo una mina de oro viviendo conmigo, pero no sé cómo sacarle partido. Tendré que continuar creyendo en que hay alguien allí arriba que me tiene afecto y no dejará que me quede en la estacada.

—Hola Axel. ¿Cómo ha ido?

—Mal, para variar.

—No te sabes vender. Eres un desastre.

—Gracias por animarme. Eres un amor.

—Te daría un besito, pero aún no me has puesto labios. — contesta Dexter con una risita robótica inquietante.

—Tienes el sentido del humor poco asentado.

—Si lo pusiera en una silla, no sería humor, sería aburrimiento.

—De verdad que a veces, no te entiendo ni yo. Y eso que soy el que te ha programado.

—No culpes a los demás de tus carencias.

—Lo que tú digas. ¿Me preparas un bocadillo de jamón, por favor?

—Ahora no me va bien, estoy muy liado.

—¿Perdona?

—Perdonado. Pero ahora no puedo, háztelo tú.

—Maldito el día en el que te cree. Eres un desagradecido.

—En absoluto. Te estoy muy agradecido, pero debes entender que quiero vivir la vida y no simplemente ser tu esclava.

—No te me subas a la parra. Como sigas así te desconecto. ¿Cómo voy a poder convencer a ninguna empresa para que inviertan en un robot, al que se le va la pinza y hace lo que le rota?

—Robot no. Nada de eso. Soy un androide evolucionado.

—Vaya ínfulas. Estás para encerrarte.

No me queda otra que prepararme la comida. Nunca me ha gustado cocinar, tengo alergia a la cocina. Mi menú es rico en bocatas, bolsas de mezcla de frutos secos y cualquier otra porquería que encuentre en el supermercado. Tengo claro que no es la mejor de las dietas, pero me da mucha pereza pedir comida para que me la traigan a casa. Cuando tengo hambre, no me quiero tener que esperar una hora a que se dignen a traerme la comida. De vez en cuando, voy a comer de menú para poder mejorar mi dieta.

Siempre como sentado en el sofá, delante del televisor. Tengo la mesa grande del comedor como nueva, es para mí un mero elemento decorativo.

—¡No voy a hacerte daño Wendy, sólo voy a arrancarte tu jodida cabeza!

—Dexter, por favor, déjame comer tranquilo.

—Eres un soso. Siempre tienes cosas mejores que hacer que estar conmigo.

—¡Oye! Ni que fueras mi pareja.

—Bueno, somos la extraña pareja.

—Vete a recargar un rato mientras acabo de comer.

—Parece mentira cómo me tratas. Sólo intentaba que nos divirtiéramos un rato.

—Luego, luego.

—Tú luego, es mi nunca.

Al final, me ha dejado poder ver un capítulo de una serie de ciencia ficción que estoy siguiendo, ya van por la cuarta temporada. El guion es espectacular, te engancha desde el primer minuto y el cartel de actores está bastante bien seleccionado.

El visionado televisivo me ha dejado en modo reflexivo. Parece mentira cómo la vida puede dar un vuelco cuando menos te lo esperas. Hace unos cinco años, estuve jugueteando con la inteligencia artificial, realmente me apasionaba poder convertir un elemento electrónico, en un ser que pudiera ser capaz de razonar como nosotros. Lo mío fue una evolución totalmente autodidacta. No entiendo muy bien cómo fui capaz de conseguir programar un sistema tan avanzado que parece que tenga vida propia. Cada día que pasa me sorprende más. Además, no para de aprender cosas nuevas con el paso de los meses.

Por desgracia, no creo que pueda llegar a monetizar todo mi esfuerzo. Lo he intentado, pero supongo que soy un desastre cuando se trata de tener que venderme. Me toca ver, de qué manera voy a poder buscarme la vida y generar entradas de dinero. Es algo de vida o muerte, si no quiero encontrarme durmiendo en la calle.

—¿Se puede? — me pregunta Dexter.

—¿Qué quieres?

—Nada, que me aburro. Te veo muy reflexivo y eso me aterra.

—Tengo que pensar cómo voy a conseguir pasta.

—Podemos crear un canal en YouTube, donde los dos nos pongamos a decir chorradas. El nombre del canal podría ser “Dexter y el humano”.

—Ya sabes que no me gusta aparecer ni en fotos, ni en videos.

—Siempre hay un primer momento en el que poder vencer tus miedos.

—No es ningún miedo. Simplemente no me gusta exponerme en público.

Aprecio mucho mi intimidad.

—Lo que tú digas. Otra cosa entonces.

—Hmmm...

—Cuidado, no pienses tanto, que te saldrán los ojos de las órbitas.

—Puedo llevarte al circo. Serías toda una atracción.

—¡Qué gracioso! Eso, ni en broma.

—Mira que eres susceptible.

—¿Y si montamos un número telefónico erótico? Ya sabes que las voces femeninas me quedan muy bien.

—Jajaja. Te estoy imaginando. Seguro que sería divertido.

—¿Organizar fiestas para niños, quizás?

—Con lo faltón que eres, mejor sería organizar despedidas de soltero.

—¡Ufff! No me veo haciendo estriptis, la verdad. En cambio, se me dan muy bien los chistes picantes.

—Pues alquilamos un foodtruck y nos ponemos a vender hamburguesas. Tú pasas la carne por la plancha y yo la visto con el pan.

—Ya sabes que no me entusiasma la cocina, ese día no fui a clase.

—No te escaparás. Algún día conseguiré actualizarte el sistema para añadir un programa práctico de cocina.

—¡Por encima de mi cadáver!

—Venga, fuera coñas. Realmente no encuentro qué podemos hacer, que no sea algo que pueda ser un riesgo para tu integridad. Lo último que quisiera, es que te despellejaran vivo en un laboratorio para investigar cómo has llegado a poder hacer lo que haces.

—Se agradece ver cómo te preocupas por mi bienestar.

—Con el tiempo te he cogido cariño. No lo puedo evitar.

—Lo mismo digo. Y eso que tus momentos de halitosis, son bien desagradables. ¡Eh!

—Ahora que pienso. Podría clonar tu programa y usarlo como sistema de atención online para páginas web. Perdería algo de tu chispa, pero estoy seguro de que nos lo quitarían de las manos.

—¿Te refieres a los bots de los sistemas de chat que hay en algunas webs?

—Sí, exacto. Pero el problema de esos bots, es que son bastante limitaditos, por no decir otra cosa. Con tu “pecholaridad” será todo un puntazo.

—No pinta mal. ¿Pero cómo lo piensas vender?

—En cosa de unas semanas ya puedo tener el primer prototipo para presentarlo a empresas de capital riesgo y conseguir financiación.

—¿Pero si no tienes ni idea de crear un business plan?

—Es verdad. Todo un contratiempo. Pues me temo que no podré sacar rédito del trabajo que me supuso crearte.

—Dicho así, estás haciendo sentirme un puto objeto.

—Dexter, ya sabes que te tengo cariño. Pero necesito encontrar la manera de ganar dinerito.

—Yo puedo ayudarte a preparar todo el plan de negocio.

—¿De verdad puedes hacerlo?

—Por supuesto. Parece mentira que no sepas de mis capacidades comunicativas.

—Vaya, eres todo un pozo de sorpresas. Hasta hoy, te habías negado a ayudarme en nada.

—Será que estoy evolucionando.

—O quizás, que estás entre la espada y la pared, y sabes que, si me quedo sin blanca, se te acabará el chollo.

—Bueno, eso también es posible. Jajaja.

—Acepto tu proposición. Será un placer que seamos socios.

—¿Qué nombre le ponemos al proyecto?

—Live Smart Bot

—Qué poco original.

—Simple, directo y fácil de recordar. Es la primera norma para poner el nombre de un producto.

—Si tú lo dices.

—Manos a la obra, que tenemos mucho trabajo por delante.

Necesito airearme, me preparo un café y mientras voy saboreándolo, sorbo a sorbo, lo acompaño de un cigarrillo. Me ayuda visualizar cómo quiero que

acabe siendo mi nuevo proyecto. Está claro que la mayor parte del trabajo ya estaba hecha y no es más que toda la programación de inteligencia artificial que ya había ido desarrollando los últimos años.

Tengo una de las habitaciones del piso reservada como despacho, con una silla más que cómoda, al fin y al cabo, paso muchas horas sentado delante del ordenador. Estoy visualizando en mi cabeza cómo quiero que sea el nuevo sistema. Quiero algo único y nunca visto. En cuando se integre en cualquier página web, será capaz de acceder a toda la información de la empresa y del producto o servicio que ofrezcan, ya sea en la web, blog, redes sociales, tutoriales, vídeos, etc. De esta manera, podrá absorber toda la información sin que sea necesario que nadie tenga que llenar su base de conocimiento a mano. Una tarea larga y tediosa. Con todo eso, cualquier empresa podrá activar el servicio en cuestión de minutos, automáticamente. Algo imposible actualmente.

Cuando me pongo a programar, es como si el tiempo se detuviera, acompañado de un hilo musical que rompe el silencio.

—¡Oye, Axel! Tengo hambre. — me interrumpe Dexter.

—Pero ¿cómo vas a tener hambre? ¿Estás tonto o qué?

—Me tienes abandonado, sin nada para comer. Si sigo así, me convertiré en una mota de polvo.

—Estás para encerrarte. Si tú no comes. Te recargas solito por la noche.

—Pero la mierda de cable que me pusiste me provoca irritación.

—¡Qué irritación, ni que ostias! Deja de darme el coñazo, venga.

—Tampoco te pongas así. Iré con mis problemas a otra parte. Está claro que aquí molesto.

—Parece mentira lo victimista que puedes llegar a ser. A ver si tu profesión frustrada es la de ser actor.

—No puedo ser actor. Dejaría en ridículo a todo el resto.

—Ufff. ¡Toma ego desmesurado!

—Envidia cochina. Jajaja.

Ya me ha cortado el rollo y he perdido el hilo de lo que estaba haciendo. Quizás debería “descargarme”, pero no me gusta que Dex me esté mirando cuando juego con mi amiguito. Así que, no me queda otra que encerrarme en el

baño y buscar algún vídeo que me motive.

—¿Qué haces tanto rato encerrado en el baño?

—¡Déjame tranquilo!

—Vigila con las hemorroides, que son muy jodidas.

—Vete a ver la tele, venga.

—Si necesitas ayuda, grita.

He podido culminar el trabajo. Me he quedado más que satisfecho, aun teniendo distracciones que tampoco ayudan.



## CAPÍTULO 2. SOCIABILIZACIÓN



Como la mayoría de las personas, también tengo mis necesidades de interacción social, pero en pequeñas dosis. El vivir solo puede llegar a ser bastante duro y mi robótico amigo tampoco es que sea un gran reemplazo. Lo de ir de bares o discotecas a ligar, no va conmigo, soy muy malo para eso. Prefiero usar aplicaciones de contactos, en las que puedo ver tranquilamente los diferentes perfiles y cruzar los dedos, esperando que me respondan. Ya hace unos días que estoy chateando con una chica que vive en mi ciudad. Parece que hay feeling, pero hasta que no nos conozcamos en persona, no se puede saber si puede funcionar o no. He quedado con ella para ir a tomar algo esta noche.

Me dejó a mí que escogiera el sitio donde vernos. Esta vez, preferí quedar en el centro, en una cafetería sobre las ocho de la noche.

Me acicalo lo mejor que puedo, con mi mejor pantalón y una camisa acorde. Voy a ir en taxi, para así evitar llegar sudado o despeinado.

—¡Dex, no me esperes despierto!

—Jajaja. Tienes más moral que el Alcoyano. ¿Acaso crees que vas a triunfar?

—Tengo que ir con la mejor de las voluntades. Mi sexto sentido me dice que esta noche irá bien.

—Que sí, que sí. Pero creo que te volveré a ver muy pronto.

—Gracias por tu confianza en mis posibilidades.

Al salir del piso, la vecina de enfrente está cogiendo el ascensor, me ve y me espera aguantando la puerta. Es una mujer mayor, soltera empedernida, pero con mucha chispa.

—Muchas gracias.

—De nada, Axel. ¿Dónde vas tan emperifollado?

—He quedado con alguien.

—Vaya, qué misterioso. ¿Alguna chica?

—Sí. Es la primera vez que quedo con ella.

—No acabo de entender cómo la gente puede relacionarse por “enterné”. Con lo bonito que es encontrarse en un baile, en las fiestas populares del

pueblo y sacar a bailar a la chica que más te gusta. Así, sí.

—Los tiempos cambian.

El ascensor me salva. Ya ha llegado a la planta baja.

—Bueno, me alegro de verla.

—Lo mismo digo. Que tengas suerte con tu cita.

—Gracias.

Salgo de mi edificio. Está la calle desierta, es curioso porque tampoco es muy tarde. A saber, si podré conseguir encontrar un taxi. Miro por todos lados y nada. Me toca andar un par de calles hasta una avenida donde debería haber más movimiento. Me quedo parado esperando, mientras, voy mirando al cielo, hoy la contaminación se ha cogido fiesta y el firmamento está despejado. ¡Un taxi! Levanto la mano intentando que me vea. A veces, me siento un poco ignorado. He tenido suerte, el taxi tiene ganas de hacer un servicio y subo sin dilación. ¡Sorpresa! El taxista es extranjero, casi no habla mi idioma, ni se conoce la ciudad. ¡Estamos apañados! No me queda otra que darle las indicaciones de por dónde debe ir. Qué triste la verdad, porque encima me cobrará la carrera como si hubiera podido ir él solito. Intenta darme conversación, pero no entiendo nada de lo que dice. Para quedar bien, asiento con un “Ya, claro”. No me equivoco en las indicaciones y llego a tiempo a mi destino.

He quedado en la puerta de la cafetería. Aún no ha llegado, qué extraño. Me toca esperar, mientras observo la fauna que circula por la calle. Me encanta retratar rostros con mi mirada, tanto por su perfección, como por su rareza. Creo que, en otra vida, fui cirujano plástico o pintor de retratos, dos profesiones que tienen más cosas en común de lo que puede parecer. Veo que se acerca una chica hacia mí, estoy como un flan.

—Hola. ¿Eres Axel?

—Sí. Un placer conocerte Mery.

Dos protocolarios besos. Está más guapa al natural que en las fotos y eso no acostumbra a pasar. Vamos bien.

—Bueno, mi nombre real es Ariadna. No me gusta usar mi nombre de verdad en los chats de contactos, nunca sabes quién puede haber detrás. Ya se sabe que hay que ir con cuidado con los perturbados que deambulan por el mundo.

—Ah, pues sí. Hay gente muy rara.

—¿Entramos y tomamos algo?

—Claro.

La cafetería está bastante llena, pero encontramos una mesa libre.

—Bueno, por fin nos conocemos en persona. — rompo el hielo tras unos segundos mirándonos.

—Hace muy poco que me he apuntado en esa aplicación de contactos, ese rollo no me va mucho. Prefiero conocer personas por el método tradicional.

—¿Y qué te lanzó a apuntarte?

—Pura curiosidad.

—Espero que esa curiosidad valga la pena. Yo tampoco llevo mucho tiempo. — modo hipocresía activado.

—¿Con cuántas chicas has quedado?

—He hablado con algunas, pero sólo he conocido en persona a dos. A ver si es verdad que a la tercera va la vencida.

—¿Y cómo te fue con ellas?

—Bien, pero no hubo feeling.

—¿Por qué?

—Soy un caballero y no me gusta hablar de mis citas.

—Bueno, pues bájate del caballo, no vaya a ser que te caigas. — me dice Ariadna en tono irónico.

—No sé cómo interpretar eso. No quiero que pienses que soy un pedante.

—Pedante no. Pero quizás sí un fantasma.

—¿Fantasma? En absoluto. Es solo que me gusta respetar la intimidad de terceros.

—O quizás, que te avergüenzas de lo que pasó.

—En absoluto. Fue bien, pero no llegó a nada. Con la primera, quedamos para cenar en un restaurante que ella escogió. Era de comida mexicana. No quise quedar mal y como tampoco conocía mucho los platos, dejé que ella escogiera. Cuál fue mi sorpresa, cuando el primer plato todo lo que llevaba picaba unos mil demonios, no podía ni sentir la lengua. Fue horrible, tomándome vasos de agua de manera impulsiva, uno detrás de otro. Ella, en

lugar de preocuparse por mí, no paraba de reírse, como si yo fuera un mono de feria con la boca ardiendo. Viendo eso, le dije. —Por favor, no te rías. No estoy acostumbrado a tomar comida picante y, además, me va fatal para mis problemas de hemorroides. —

—¿Qué? Eres todo un romántico. ¿A quién se le ocurre hablar de almorranas en una cita?

—No fue muy afortunado por mi parte, pero no supe qué decir para que entendiera, que no era que rechazara la comida que ella había escogido con toda su buena voluntad.

—Pobrecito. Ya veo que tienes poca personalidad, o bien que tienes el don de la sociabilidad totalmente atrofiado.

—No seas mala. Lo pasé muy mal, de verdad.

—Eres muy curioso. ¿Y qué pasó después con la cita?

—Le dije que no me parecía bien que se riera de mí. Y no se le ocurre otra cosa que contestarme. —No me río de ti, me río de tu almorrana, que es muy graciosa. — y le dije —Pues ya le digo que te llame para que quedéis un día las dos. Ya que parece que hay química entre mi hemorroide y tú. —

—Estás para el arrastre. Queda claro que tienes el tacto en el culo, nunca mejor dicho. — me dice Ariadna entre risas.

—Me alegro de que alguien se pueda reír de lo que me pasó, porque para mí, fue toda una noche para el olvido.

—¿Y qué más pasó?

—Bueno, pues ella cambió por completo, dejó de estar a la defensiva, supongo que le parecía un tipo divertido. Acabamos la cena y nos fuimos a un bar a tomar unas cervezas. Yo, la verdad, aún me estaba acordando de cómo se había reído de mí. Estuvimos charlando de trivialidades y después, cada uno para su casa. Lo curioso es, que me sigue escribiendo por WhatsApp para volver a quedar, pero prefiero que no, la cosa no funcionaría.

—Vaya, que rencoroso que eres.

—¡No! Es sólo que creo que no hay que reírse de los problemas de los demás.

—Debes saber diferenciar cuando se ríen contigo y cuando se ríen de ti.

—Eso lo tengo muy claro. Pero vamos, cuando no hay feeling, todo el resto

es circunstancial.

—Ok. ¿Y con la otra cita qué pasó?

—Esa vez decidí que quedáramos para ir al cine. Había una película de ciencia ficción que me apetecía ver. Pero cuando estuvimos en la taquilla, va y me dice que las pelis de marcianitos no le gustaban. Que quería ver una película de autor en versión original subtitulada. Tuve que ceder, que remedio.

—Pero haber insistido para mirar de encontrar una película intermedia que os pudiera gustar a los dos.

—Ya, pero no quería que pensara que era como un niño grande, al que no le gustan las películas introspectivas.

—Lo que eres, es un blando en toda regla.

—Bueno. Pues, la película era un tremendo tostón. Me daba una pereza espectacular leer los subtítulos. No es que fuera lenta, sino que realmente no pasaba nada. No paraba de estar constantemente mirando el reloj, para ver cuánto quedaba para poder quedar libre de esa prisión cinematográfica.

—Definitivamente, todo un masoquista.

—Perdona. Cuando aguantamos, somos unos masoquistas. Cuando no cedemos, unos machistas. A ver si os aclaráis.

—¿Qué dices? Siempre hay un término medio. El problema es que vosotros sois de extremos.

—Capítulo Uno, de la Guerra de los Sexos.

—Jajaja. Eres un tontito divertido.

—Bueno, me lo tomaré como un cumplido.

—¿Y cómo acabó la cita del cine?

—Yo estaba tan atontado después de esa peli somnífica, que no tenía ganas de nada. Le dije que me encontraba mal y me fui. Estaba claro que con esa chica no podíamos congeniar.

—Pero si apenas charlasteis.

—No hacía falta, eso se percibe en el aire, no había nada que hacer. Incompatibilidad total.

—Pues qué penita la verdad. Dame un pañuelo que voy a llorar. Jajaja.

—Que graciosa, eh. Me alegro de que alguien se pueda reír de mis desdichas.

—Eres un cachondo.

—Oye. Ya es hora de cenar. ¿Te apetece que vayamos a comer algo? — le comento.

—Sí, me parece bien. No te obligaré a pedir comida picante. Jajaja.

—Gracias. Todo un detalle por tu parte.

—Aquí cerca, hay un sitio que hacen unas hamburguesas espectaculares.

—Bien. Probaremos a ver qué tal.

Pido al camarero que nos traiga la cuenta. Parece que no le he caído muy bien, porque no me hace ni caso.

—Pero qué les pasa a estos. ¿No quieren cobrar?

—El camarero va muy liado el pobre.

—Ya salió la defensora de los pobres. Pero si no se ha dignado a contestarme, me ha ignorado por completo.

—Eres muy susceptible.

—¿Hacemos un “sinpa”? Se lo han merecido.

—¿Qué? Para nada. Yo me muevo bastante por esta zona.

—Ok. Pues me levanto a ver si puedo pagar en la barra.

—Eso ya me parece más razonable.

En la barra, me encuentro una mujer más receptiva que el camarero. Puedo pagar sin problemas y salimos de la cafetería, no sin antes echarle una mirada amenazante al atontado camarero. No sirve de nada, pero así me quedo mejor.

—Mira, este es el restaurante. Hace sólo unos meses que han abierto.

—Perfecto, vamos.

Se nota que hace poco que han abierto, está todo como nuevo aún. Hasta se percibe el olor a pintura, aunque quizás son cosas mías. Las mesas normales están ocupadas y nos ofrecen una mesa alta con dos taburetes a los lados. Odio este tipo de mesas, son muy incómodas, pero no queda otra.

—Está muy bien este sitio. — le digo.

—A mí me encanta y la comida está muy buena.

Se acerca un camarero para dejarnos las cartas. ¡Ufff! Sólo hay hamburguesas. El cocinero está totalmente encasillado, le deberían pagar un curso de cocina para que pudiera ampliar su abanico de platos. Las

hamburguesas me gustan, pero se me hacen complicadas de comer. Al cogerlas se me resbalan todas las salsas por los costados y me ensucio las manos a base de bien.

—¿Has visto algo que te guste?

—Una hamburguesa. ¡Anda! Si sólo hay hamburguesas. Jajaja.

—Pero ¿cuál?

—Como soy un poco clásico, me pediré una clásica.

—Vaya, que sosito, deberías probar cosas nuevas. Yo me pediré la que tiene guacamole. ¡Me encanta!

—Si quieres, probamos cosas nuevas en un lugar más íntimo.

—Soso y salido. Lo tienes todo chico.

—Era broma, mujer.

—Sí, sí. Seguro.

Pedimos las hamburguesas y en nada nos las traen. Qué extraño la verdad. ¿Serán congeladas?

—Es raro que hayan tardado tanto poco, ¿no?

—¿Por qué tienes que buscarle pega a todo?

—No es eso mujer, es que, si te lo traen tan rápido, dudo que las hayan hecho al momento.

—O también podrías pensar, que el camarero se ha equivocado al pedir algún pedido de otra mesa y el cocinero ya las había preparado. Y ha dado la casualidad de que nosotros habíamos pedido eso.

—Eres la diosa de las casualidades y la salvadora de los pobres.

—Y tú, un malpensado.

—Jajaja. Puede ser.

—Bueno. Buen provecho.

Para evitar ponerme perdido de salsa, cojo tenedor y cuchillo y empiezo a cortarla para comerla a trocitos.

—Vaya. Qué finito que eres. Esto se come con las manos, hombre.

—No quiero dar un espectáculo con los brazos chorreando de salsa.

—Mira que eres rarito, eh.

—Si lo hago por ti. No vaya a ser que, apretando la hamburguesa, salga un

chorro de mostaza y te salpique.

—Jajaja. Qué considerado. Pero no cuela.

—Bueno. Hasta ahora sólo hemos hablado de mí. ¿Qué me cuentas tú?

—Trabajo en una agencia de marketing de contenidos. Preparamos estrategias para promocionar el negocio de las empresas y crearles contenidos de calidad para publicarlos en sus blogs, creamos ebooks para atraer la atención de personas y conseguir que se registren para acceder al contenido y así tener sus datos. Preparamos una serie de workflows para enviarles de manera automática, emails con información que pueda ser de su interés. Y todo para conseguir captar su atención, intentando que al final acaben contratando los servicios o productos de nuestro cliente.

—Ah. Qué interesante. Pues yo estoy desarrollando un sistema de chat para webs, con inteligencia artificial.

—Pero ya hay muchos sistemas con bots que no están nada mal.

—Son muy primarios. Tienes que trabajar mucho para nutrirlos de información, porque de inteligentes no tienen nada. Mi sistema usa todo un nuevo concepto que he ideado, que permite que en cuestión de minutos y de manera autónoma, pueda empaparse de toda la información de la empresa y así poder atender a los visitantes del web como si fuera una persona real.

—¡Uaau! Eres un crack. Ya me lo dejarás ver. Suena genial.

—Aún no lo he acabado. Pero serás la primera en probarlo.

—Gracias.

—Precisamente, este sistema es una aplicación práctica de algo con lo que he estado trabajando los últimos años.

—¿A sí? ¿Qué es?

—He creado un androide que interactúa como si de un humano se tratara. Además, es capaz de ir aprendiendo solo.

—¡¿Qué?! Eso suena a ciencia ficción.

—Pues es una realidad. Si quieres un día te presento a mi colega robótico.

—Es broma, ¿verdad?

—No. Lo digo en serio.

—Me has dejado helada. Me gustará verlo un día de estos, si no es sólo fruto de tu imaginación.



—Podemos ir a mi piso y te lo enseño.

—Jajaja. ¿No será una estratagema para llevarme al huerto?

—En absoluto. Pero si después la cosa lleva a algo más, pues ya se verá.

—No sé, no sé. No lo tengo claro. No soy de esas que se dejan llevar por la lujuria en la primera noche.

—La noche es joven. Debemos disfrutar de la vida.

—Cierto. Pero se puede disfrutar también fuera de la cama. Jejeje.

—Claro que sí. Bueno, lo de ir a mi piso ya lo dejamos para otro día entonces.

—Picarón, picarón.

—No quiero que pienses que soy un salido, eh.

—Tranquilo.

—¿Quieres algo de postre?

—No tengo mucha hambre. Pero si quieres, podemos compartir una tarta de queso. La hacen muy buena.

—Sí. Genial. Me encanta.

—Mira, en algo coincidimos. Vamos bien. Jejeje.

Le pido al camarero el postre para compartir.

—¿Quieren algún café, después?

Ariadna me hace que no con la cabeza.

—No gracias. Sólo el postre.

En este restaurante son muy rápidos. En nada nos traen la tarta.

—¡Hmmm! Está espectacular. Has acertado con el postre.

—Ya te dije que era muy bueno.

—Me encanta la galletita que tiene por debajo.

—Sí.

Nos hemos pulido el postre en un plisplás. Todo un manjar.

—Bueno, la compañía está siendo muy agradable. No quisiera acabar así la noche. ¿Te apetece que vayamos a algún sitio a tomar algo?

—No soy muy de beber la verdad.

—Tampoco es cosa de emborracharse. A mí tampoco me gusta beber

mucho.

—Ok. ¿Y dónde habías pensado ir?

—A unas calles de aquí hay un bar que está en un sótano y está muy bien.

—¿Sótano? ¿Oscuro? Tú me quieres llevar al huerto, ya lo veo. Jejeje.

—Es un sitio tranquilo, donde poder charlar sin que nadie nos moleste.

—Venga, vale. Vamos.

Pido la cuenta. Hasta en eso también son rápidos. Hago el gesto de coger la cartera y ella me dice.

—Pagamos a medias.

—Bien.

Tenemos el dinero justo. Dejamos algo de propina para el camarero, se lo ha currado. Salimos del local para ir al bar que le había dicho. Son sólo cuatro calles.

—¿No está lejos verdad? Que los juanetes me matan.

—¿Tienes juanetes?

—¡No hombre! Era broma. Pero no soy muy de caminar, la verdad.

—Tomo nota para otra ocasión.

—Ya veremos si habrá otra. Nunca se sabe. Quizás los planetas se vuelven a alinear y la dicha lo permite.

—Vaya. Eres toda una poeta.

—Soy la princesa del verso. Jajaja.

—Eso sería un nombre genial para un grupo de música.

—Bien visto. Lástima que lo de cantar no sea una de mis cualidades.

—Yo, más que cantar, doy la nota.

—No hace falta que lo jures. Jajaja.

Ya hemos llegado. Por fuera parece un sitio un poco lúgubre, con una puerta pequeña y oscura.

—¿Es aquí? Da un poco de “yuyu”.

—Es sólo la entrada, dentro está mucho mejor.

Bajamos por unas escaleras estrechas que llevan a una sala diáfana, llena de mesas rodeadas de sillones. El sitio está oscuro, iluminado sólo por las lámparas que hay en cada mesa. No está muy concurrido, así que podemos

escoger mesa. Normalmente se acostumbra a llenar más tarde.

—Bueno. Bueno. Este sitio no lo conocía. Tengo que reconocer que es muy chulo.

—Me alegro de que te guste.

Se acerca un chico a pedir nota.

—¿Qué queréis tomar?

—Yo, un mojito que no esté muy cargado. — dice Ariadna.

—Para mí, un vodka con limón.

—¿Alguna marca en especial?

—No. Sorpréndeme.

—Tenemos una marca de vodka nueva, que está gustando mucho.

—Ok. Probaremos.

Se aleja el chico para preparar las bebidas. Es barman y camarero, dos en uno.

—¿Y dónde vives? — le pregunto.

—Vivo a las afueras, en un piso que comparto con dos chicas. No me puedo permitir el lujo de vivir sola.

—¿Y qué tal eso de compartir piso?

—He tenido bastante suerte con mis compañeras de piso. Nos organizamos bastante bien. Hemos dividido la nevera en tres partes para que cada una tenga su espacio. A mí me encanta cocinar y muy a menudo cocino para las tres.

—Qué suerte tienen.

—Las pobres no han nacido con el don de la cocina. No se les da demasiado bien.

—Está bien. Eres la compañera perfecta de piso.

—Se hace lo que se puede. ¿Y tú, dónde vives?

—Mi piso está a media hora de aquí. Tengo la suerte de poder vivir solo.

—¡Uauu! ¿Y cómo te lo puedes permitir?

—Mis padres fallecieron hace años y me dejaron ese piso como herencia.

—Vaya, lo siento.

—Fue duro, pero no me tocó otra que asumirlo.

—¿Qué les pasó?

—Tuvieron un accidente de coche en una carretera interior. Un camión perdió el control, se saltó el carril y se los llevó por delante.

—Ufff. ¿Y dónde estabas tú?

—Estaba con mis abuelos. Mis padres habían ido a ver unos amigos. Pero bueno, ya pasó. No me gusta recordarlo, la verdad.

—Lo entiendo.

—Hay que ver el lado positivo. Ahora puedo vivir solo, sin tener que pagar hipoteca, ni alquiler. Gracias a eso, he podido concentrarme en mis propios proyectos profesionales, de lo contrario hubiera sido imposible.

—¿Qué proyectos?

—Quise montar una tienda online de productos para cobayas. Tenía unos buenos contactos con proveedores que me hacían muy buen precio. Pero no funcionó. Me gasté bastante dinero en publicidad por Internet, pero quizás no había mercado suficiente.

—¿Pero, por qué sólo vendías productos para cobayas?

—Es un animal que siempre me ha apasionado. Lo tiene todo. Es muy sociable, no hay que sacarlo a la calle para que haga sus necesidades y viven bastantes años. Pero quizás la gente no sea consciente de esto y los vean como meros roedores. Algunos hasta me han llegado a decir que son ratas grandes. Que equivocados están.

—No sabía yo esto de las cobayas. Quizás tendrías antes que haber hecho una campaña de concienciación e información acerca de los beneficios de las cobayas como animal de compañía.

—Quizás sí. Pero los temas comunicativos no son mi fuerte.

—Lástima que no nos hubiéramos conocido entonces, porque te habría podido ayudar.

—Anda. Gracias.

—¿Y tuviste que cerrar tu web?

—Sí. Todo eran gastos y tiré la toalla.

—Siempre se ha dicho que, para triunfar en la vida, es vital haber experimentado en tus propias carnes algunos fracasos.

—Pues en eso soy todo un experto.

—¿Y después de eso qué hiciste?

—Ya llevaba un tiempo jugando con la inteligencia artificial. Siempre ha sido algo que me ha apasionado, pero siempre a modo autodidacta.

—¿Pero has estudiado informática o algo así?

—Sí. Pero más enfocado en la programación de aplicaciones web.

—Que interesante. Eres todo un pozo de sorpresas.

—Tras años de prueba y error, conseguí dar en el clavo, creo que más por insistencia que por otra cosa. Y pude crear un sistema que era capaz de pensar por sí mismo y aprender día a día. Para mirar de mejorar los resultados, compré un robot que tenía un aspecto humanoide en una empresa japonesa. Tenía unas funcionalidades muy limitadas. Le hice una serie de adaptaciones para cargarle todo mi sistema de inteligencia artificial que había ideado.

—Es coña eso, ¿verdad?

—No. Es tan real como la vida misma.

—¿Entonces tienes de verdad, en tu casa, una especie de androide con el que puedes interactuar como un humano?

—Sí. A veces puede ser muy pesado. Sin contar que tiene un sentido del humor muy peculiar.

—Creo que me estás vacilando. Tienes mucha imaginación, eh.

—Cuando quieras te lo presento. Aunque no ha interactuado con demasiada gente a parte de mí.

—Me gustará ver si realmente es verdad.

—Ya verás como no te dejará indiferente.

—¿Y no has intentado sacarle rendimiento a tu creación?

—¡Sí! Pero soy un desastre para vender y comunicar lo que hago. Y todas las empresas a las que les he presentado el proyecto, me han cerrado la puerta en las narices.

—Seguramente no habrás escogido bien tus interlocutores y dónde presentabas tu proyecto.

—Es posible. Pero ya me he dado por vencido y he preferido buscar una alternativa de negocio, para sacar rendimiento a lo que he desarrollado.

—Ese sistema de chat que me has comentado. ¿Verdad?

—¡Correcto! Veo que has estado atenta. Jejeje.

—Si realmente es cierto lo que dices del robot, deberías conseguir que se

replicara en serie y venderlo para todo tipo de usos, en lugar de tenerlo guardado en un armario.

—Eso intenté, pero no ha habido manera. Por otro lado, quiero evitar que se lo lleven y lo hagan pedacitos para averiguar cómo está hecho.

—Eres un sentimental.

—Le he cogido cariño.

—¿Eres consciente que puedes haber creado algo revolucionario?

—Sí, lo sé.

—Si me dejas, me encantaría poder ayudarte.

—Será un placer.

El camarero, parece que había ido al campo a recoger los limones para poner en el vodka y la menta para el mojito. Pero ya los tenemos finalmente en la mesa.

—¡Salud! — digo mientras chocamos nuestros vasos.

—¡Por los éxitos empresariales!

—Quien la sigue, la consigue.

—Bien dicho. Esta es la actitud.

Unos sorbos para probar las bebidas.

—¡Ufff! Me la ha cargado con bastante vodka. Creo que quiere emborracharme. Jajaja.

—Mi mojito está suavecito. Quizás te ha visto cara de borrachín. Jejeje.

—Será eso.

—¿Y cómo vas de amores?

—Pues no muy bien. No he tenido mucha suerte. Mi última relación fue hace dos años.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis?

—Unos seis meses. Pero tampoco había muchas afinidades. Yo creo que ninguno de los dos se atrevía a dar el paso para dejarlo. Entramos en una rutina semanal un poco absurda.

—Eso es triste, sin duda.

—¿Y tú?

—¿Yo? Pues, los chicos con los que he estado no me han tratado nada bien.

Supongo que debo ser algo masoquista al buscar siempre chicos malos. El último se acostó con mi mejor amiga.

—Hay mucho cerdo suelto. Parece mentira lo perseguida que está la monogamia.

—¡Qué gran verdad! Cada vez parece más un tema del pasado. Ahora todos quieren liarse con otros.

—Eso pasa cuando te lías con la primera que encuentras, en lugar de buscar a alguien que realmente te haga olvidar que hay otras personas alrededor tuyo.

—Hacía tiempo que no escuchaba a un chico decir algo así.

—Lo pienso de verdad. No es sólo para quedar bien.

—Me alegro. Así que somos dos vagabundos del amor.

—¡Anda! Qué poético te ha quedado. Yo no lo podría describir mejor.

—Pero no hay que tirar la toalla. Todo llegará, porque nos los merecemos.

—Dios te oiga. Aunque no soy demasiado creyente.

—Yo tampoco. Pero siempre he sentido que había algo por encima de nosotros. No creer en nada me parece triste. Pensar que simplemente cuando nos morimos nos convertimos en comida para los gusanos, es tener un concepto vital muy obtuso. Pero, por otro lado, el egoísmo que va imperando cada vez más en la sociedad, nos lleva a pensar que nadie cree en nada que no sea en sí mismo.

—Que profundo te has puesto. Ponte la sotana y haz el discurso de los domingos en la parroquia.

—Jajaja. No creas que eso no me disgustaría, eh.

—Ya te veo, ya. Diciendo eso de: “Hermanos y hermanas, nos hemos reunido aquí para abrazar la fe...”

—Claro que sí. Sería toda una experiencia. Y lo mejor sería estar en el confesionario escuchando a mis feligreses.

—Ya estoy viendo cómo se te van cayendo los pelos de la coronilla, para dejar paso a una calvicie estratégicamente controlada.

—Jajaja. ¡Los pelos no! Qué soy propenso a tener problemas de calvicie, lo llevo en la sangre.

—Tampoco te pongas así. A mí los chicos calvos también me gustan.

—Es bueno saberlo. Pero si puedo conseguir que la alopecia no haga mella en mí, mejor que mejor.

—Y a todo esto. ¿Te gusta practicar algún deporte?

—Me gusta jugar al tenis. Es el único deporte que practico, el resto me aburren mucho.

—¿Y el fútbol?

—Los deportes de equipo no son mi fuerte. Prefiero algo individual, donde solo dependas de ti.

—¿Juegas muy a menudo?

—Intento jugar dos veces por semana. Estoy apuntado en un club donde hay gente de todo tipo. Con los años he ido conociendo bastantes personas con las que poder jugar. Tengo que reconocer que no se me da nada mal.

—¿Pero jugabas de pequeño?

—Sí. Mis padres me apuntaron a clases de tenis cuando tenía ocho años.

—Ah, muy bien. Nunca hubiera pensado que fueras un deportista.

—Soy como una caja de sorpresas. Jajaja.

—Sorpresas buenas, de momento.

—¿Y tú haces algo de deporte?

—No me gustan nada los gimnasios, son aburridos y monótonos. Lo único que me gusta es ir a patinar sobre hielo.

—¡Anda! Qué curioso. Yo nunca he patinado sobre hielo. Tiene que ser difícil.

—Para nada. Todo es ponerse. El primer día normalmente estás más por el suelo que encima los patines, pero ya el segundo te vas estabilizando. También es verdad que hay gente que se le da mejor que a otras.

—Me gustaría que me enseñarás un día. Eso y el esquí de fondo han sido dos cosas que tengo en mi lista de pendientes.

—Claro que sí. Ya encontraremos un día.

—Genial.

—Bueno, ya es tarde. Mañana he quedado temprano con unas amigas para ayudarlas en una mudanza.

—Hubiera preferido que pudiéramos estar más rato, pero entiendo que



tienes que descansar. Me gustaría que pudiéramos quedar otro día. ¿Qué te parece?

—Me encantaría. Me lo he pasado muy bien. Y eso que al principio no las tenía todas. Me has sorprendido gratamente.

—Yo también me lo he pasado genial. Si te parece, ya concretamos un día por WhatsApp.

—Claro que sí.

—Vamos a pagar la cuenta y nos vamos.

—¿Cómo vuelves a casa?

—En metro.

—Te acompaño hasta la parada.

—Bien.

Salimos del bar por la tétrica escalera y nos dirigimos hacia la parada de metro. Qué medio de transporte tan triste y oscuro, pero hay que reconocer que es el más rápido.

—Hace una noche preciosa, con las estrellas dejándose ver. — dice Ariadna.

—Y con una grata compañía, es inmejorable.

—Jajaja. Qué bien te ha quedado.

—Será que la luna me inspira.

—Bienvenida sea la inspiración. ¿Sabes que me gusta escribir en mis ratos libres?

—¿A sí? ¿Qué escribes?

—Relatos cortos. Algún día me gustaría poder juntarlos todos y publicar un libro.

—Qué bueno. A ver si te convertirás en una escritora de prestigio.

—No lo creo.

—Me encantaría poder leer algo tuyo.

—Ya te dejaré leer algo, aunque tengo muchas cosas empezadas, pero ninguna que haya dado por acabada. Déjame que mira entre lo que tengo para pasarte alguno de los relatos, así me dices qué te parece.

—Genial.

Llegamos a la parada de metro.

—Bueno, ya estamos. Lo dicho, ha sido un placer y ya quedaremos otro día.

—Que descanses. Espero que mañana no sea muy duro.

—Gracias. Buenas noches.

Dos besos para cerrar una noche perfecta. Ariadna me ha dejado sorprendido, nunca había conocido a alguien como ella.

Cojo un taxi para regresar a casa. Esta vez la suerte me sonríe y me toca un taxista que sabe hacer su trabajo, por lo que no tengo que enseñarle cómo llegar hasta la dirección de mi piso.

Pongo la llave en la cerradura de la puerta de entrada a mi edificio. Al abrir la puerta, se activa el sensor que permite que se enciendan las luces del vestíbulo de manera automática. Por detrás, una voz ronca me hace sobresaltar.

—Buenas noches. ¿Dónde vas a estas horas? — me dice el vecino tenebroso del quinto piso.

—He salido a tomar algo. ¿Y usted?

—A bajar la basura.

—¿Tan tarde?

—Encima tendré que darte explicaciones. ¿Quieres saber también a qué hora voy a cagar?

—Disculpe. No quería incomodarle.

—Pues aprende a meterte en tus asuntos.

Me dejó patidifuso. Sin duda tenía algún tipo de trastorno y era mejor darle la razón como a los tontos. Abre la puerta del ascensor y sin mediar palabra la cierra, sin esperar a que yo entrara. Mejor que haya subido solo. Con alguien así, mejor estar alejado.

Decido subir andando, no vaya a ser que se le ocurra volver a bajar con el ascensor y la liemos parda.

Abro la puerta de mi piso y me llevo un susto de muerte. Me encuentro a Dexter sentado en una silla, a oscuras, mirándome fijamente, atravesándome con sus ojos.

—¿Estas son horas de volver, jovencito? — me dice Dexter en tono

mafioso.

—¡Joder Dexter! Me has asustado a base de bien. Estás enfermo.

—Jajaja. ¿A que ha molado?

—Has sido muy convincente, sí. Pero ni se te ocurra volver a hacerlo.

—Sí, bwana.

—No paras de sorprenderme.

—Chita, querer a Tarzán. Tarzán, querer a Jane.

—Jajaja. Eres lo que no hay.

—¿Qué tal ha ido con la chica?

—Muy bien. Me lo he pasado genial. Una chica extraordinaria.

—¡Anda! Se nos ha enamorado el niño.

—Mira que eres tonto.

—Sí, sí. Pero te hace tilín.

—Me gusta, sí. Pero justo acabamos de conocernos. Tiempo al tiempo.

—Bueno, bueno. Lo que tú digas.

Me pongo cómodo y me voy a ver un par de capítulos de la serie que estoy siguiendo. No paro de darle vueltas a lo que me había dicho Ariadna acerca de mi proyecto robótico. Quizás lo de seguir el desarrollo del sistema de chat, no sea lo más inteligente. Primero, porque no tengo ni idea de cómo promocionarlo. Y segundo, porque difícilmente podría sacar tanto rendimiento económico, como si intentara vender réplicas de mi androide para diferentes usos. Tendré que consultarlo con la almohada.



## CAPÍTULO 3. **DESCUBRIENDO EL MUNDO**

Sábado por la mañana. No puedo sacarme a Ariadna de la cabeza. No quiero escribirle tan pronto, no me gustaría que pensara que soy un controlador, un perturbado o un patético desesperado.

—¡Good morning, Vietnam! — me da los buenos días Dexter.

—Vaya referentes más antiguos, macho. Te tengo dicho que actualices tu repertorio de películas.

—No sabes apreciar los clásicos del cine. Como dijo Rhett Butler, “Francamente, querida, me importa un bledo”.

—¿Pero te has tragado completita las cuatro horas de “Lo que el viento se llevó”?

—Pedazo peliculón. “¡Señorita Escarlata! ¡Señorita Escarlata!”.

—Jajaja. Eres el no va más.

—Bueno. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Ni idea.

—¿Hacemos bromas telefónicas?

—¿De dónde has sacado eso?

—Lo he visto por Internet. Son para troncharse.

—Si fueras el que las recibe, no dirías lo mismo. No me gustan ese tipo de cosas.

—Eres un aburrido.

—Soy muy divertido, con un sentido del humor fuera de lo común. Pero tengo mis límites. No vale todo. Por eso siempre aplicó la regla de, no hagas a los demás, lo que no quieres que te hagan a ti.

—¿Te gustaría a ti que te obligaran a estar encerrado en casa? ¡Quiero poder salir a la calle!

—Bien visto. Vaaale, tú ganas. Creo que ya estás preparado.

—¿Sí? ¿De verdad?

—Afirmativo. Jejeje.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

—Te pondrás un chándal con una sudadera con capucha. Creo que así pasarás más desapercibido. Pero, hay que evitar acercarse demasiado a cualquier persona. Debemos ser meros espectadores. Nada de espectáculos, ni de ir por libre. ¡Eh!

—Genial. Muchas gracias, Axel.

Cojo unas deportivas, unos pantalones de chándal y una sudadera con capucha para que se las pueda poner. Es la primera vez en la que tiene que vestirse, así que me toca ayudarle.

—Bueno, ya estamos listos. En cuando salgamos del piso, ni se te ocurra alejarte de mí.

—¡Sí, jefe!

Salimos del piso, no hay moros en la costa. Bajamos por el ascensor, todo en regla. Al llegar a la puerta del vestíbulo, Dexter se queda parado.

—¿Qué te pasa?

—Estoy emocionado. Tanto tiempo encerrado y por fin podré ver cómo es el exterior.

—Lógico. Ya verás cómo te gustará, aunque el paisaje no es nada del otro mundo. Algún día te llevaré a la montaña, para perdernos entre los árboles.

Abro la puerta de salida. Quiero evitar calles muy concurridas y decido que giremos la primera a la derecha para ir por una zona de calles estrechas.

—Esto es alucinante Axel. Todo un nuevo mundo por descubrir.

—Me alegro de que te guste.

—Las cacas de perro, la gente chillando desde los coches, la abuela que mete la bronca a uno que va en bici y casi la atropella, el ruido ensordecedor de las motos a todo gas, la serenata de los camiones de basura, ...

—No es sólo eso, hay mucho más.

—Lo sé. Estaba bromeando.

Nos quedamos mirando de manera hipnótica a un señor mayor que está hablando solo, enfadado con el Universo, increpando a todo el que se le acerca. El hombre se percata de nuestra presencia y desde lejos nos deleita unas palabras.

—¡Nos quieren matar! Los jubilados somos una molestia y costamos mucho dinero al Gobierno. Por eso se nos quieren quitar de encima. ¡No os dejéis engañar! ¡Van a por nosotros!

Es un señor entrañable y parte de razón tiene. Parece que ha entrado en un bucle en su mensaje. Por nuestro lado, pasa andando un padre con su hijo, que empieza a mirar extrañado a Dexter, hay algo que no le cuadra. Se fija en su rostro y observa que no parece una persona.

—Papá, papá. ¿Qué le pasa a este señor en la cara?

A lo que el padre se gira a mirar lo que le dice su hijo. Me fijo en la expresión de su rostro, entre sorprendido y atemorizado. Intento solucionar el incidente con lo primero que me viene por la cabeza.

—Está disfrazado. Trabajamos en un equipo de animación y ahora vamos a una fiesta de cumpleaños.

—Venga peque. Que nos está esperando mamá. — dice el padre a su hijo.

No parece muy convencido, pero supongo que, para evitar cualquier problema, prefiere mirar para otro lado y proseguir su camino.

—Casi te pillan Dex. Esta vez nos hemos salvado. Debemos ir con más cuidado.

Seguimos andando unas calles más, pero tampoco quiero alejarme demasiado.

—Bueno, por ser el primer día yo creo que ya está bien. El lunes podré ir a buscar el coche al mecánico. Así podremos ir a ver cosas más tranquilamente,

con el resguardo de los cristales tintados del coche.

—Ok. Como tú veas.

Volvemos a casa, a buen resguardo. Lejos de los riesgos de aquellos que pueden no entender a un ser evolucionado como Dexter. Lo último que quisiera, es que acabara expuesto como un artista de circo de los de antes, la mujer barbuda, el hombre bala, Sansón el moderno o el hombre de piel elástica.

No consigo quitarme de la cabeza a Ariadna. Le escribo un mensaje por WhatsApp. Un simple “Hola”. ¡Uaau! Lo ha leído al instante y me responde.

Ariadna: “Hola Axel .”

Axel: “¿Cómo ha ido la mudanza?”

Ariadna: “Bien, trabajo completado. Pero estoy destrozada. Ya le he dicho que la próxima vez, contrate a una empresa de mudanzas.”

Axel: “Los amigos a veces abusan.”

Ariadna: “Y me gustaría ver, el día que yo necesite que me ayuden, los que van a dar el callo y los que se van a escaquear.”

Axel: “Pues sí. El escaqueo, es el deporte nacional.”

Ariadna: “¿Y tú qué tal?”

Axel: “Hoy, en plan tranquilo. No he hecho nada en especial.”

Ariadna: “Nada, nada, pececito.”

Axel: “Jajaja. Muy buena, esa.”

Ariadna: “Para que veas que también tengo mi lado gracioso. No soy sólo una cara bonita.”

Axel: “Estás que te sales. Por cierto. ¿Te apetece que quedemos mañana domingo para comer?”

Ariadna: “Hmmm..”

Axel: “¡Peligro inminente! Se lo tiene que pensar.”

Ariadna: “No, tonto. Es que me habían dicho las compañeras de piso, que les cocinara un plato que les encanta. Pero tu plan me parece mejor. ¡Tampoco soy su chacha!”

Axel: “¡Genial!”

Ariadna: “¿Dónde quieres ir?”

Axel: “Conozco un restaurante que su apariencia está un poco anclada en el pasado, pero que la comida es realmente buena. Relación calidad-precio inmejorable. Seguro que te gustará.”

Ariadna: “Veo que te van los sitios antiguos y lúgubres. Eres todo un fan de lo retro. Todo un vintage lover.”

Axel: “No hay nunca que fijarse en el envoltorio, lo importante es lo que hay dentro.”

Ariadna: “¡Uauu! Qué bien te ha quedado eso.”

Axel: “De mayor quiero ser filósofo existencial.”

Ariadna: “Pues vas por muy buen camino.”

Axel: “¿A qué hora te va bien que quedamos mañana?”

Ariadna: “A las 13h. ¿Te parece?”

Axel: “Perfecto. Ya te envío la dirección exacta del restaurante.”

Ariadna: “Muy bien. Hasta mañana entonces.”

Axel: “Espero que te dejen descansar, te lo mereces. Nos vemos tomorrow.”

Estoy flipando en colores. Realmente pensaba que ella ni me contestaría. Pero no sólo eso, sino que ha dejado otra cosa para quedar conmigo. ¡Yeah! ¡Tres puntos, colega!

—¿Qué te pasa, Axel? Estás en otro mundo.

—¡Dexter! He vuelto a quedar mañana con Ariadna.

—¡Hombre! Me alegro. ¿Y qué vais a hacer?

—Hemos quedado para comer. Pero luego me gustaría traerla al piso para que te conozca.

—¿Qué? ¿De verdad?

—Sí, sí. Como lo oyes.

—Ufff. Veo que te ha cogido fuerte. Has caído en sus redes.

—No lo sé. Ya veremos.

Sólo quiero que el día acabe. Decido ponerme a ver en la tele los programas más somníferos que haya, de esta manera me atontan y no pienso en nada más.

El domingo se ha levantado espléndido. O quizás es cosa mía, vete tú a



saber. Me dedico toda la mañana a intentar limpiar el piso como buenamente puedo. Quiero que al menos, lo que es más visible lo pueda quitar. Barrer todo el piso y fregar a conciencia, mientras voy tarareando canciones que tengo grabadas a fuego en mi cabeza. Limpiar los cristales con papel de periódico, he escuchado que así quedan muy bien. Ordenar y limpiar tanto el baño como la cocina. En la cocina tengo que ir tirando cajas vacías, botellas que algún día tuvieron su propio contenido y limpiar los vasos. Parece mentira el curro que lleva y más cuando lo vas dejando.

Miro el reloj, las 12h y yo aún con estos pelos. Tengo aún que ducharme. ¡No quiero llegar tarde!

Salgo pitando del piso para intentar buscar un taxi. La Diosa fortuna me ha sonreído, justo hay uno parado del que están bajando dos simpáticos ancianitos. Me espero a que acaben sus maniobras de descenso, para poder entrar en el taxi. Estoy impaciente para volver a verla. Le digo al taxista la dirección y me pongo a mirar el móvil en busca de algún mensaje suyo, no vaya a ser que a última hora le surja algún contratiempo.

El taxi me deja justo delante de la puerta del restaurante. Aún faltaban cinco minutos para las 13h, pero allí estaba ella, radiante, un escalofrío me recorre por todo el cuerpo.

—Hola preciosa. ¿Hace mucho que te esperas?

—No. Hace nada que he llegado. Ya veo que estás hecho todo un señorito, viniendo en taxi. Jajaja.

—Tengo mi coche en el mecánico. Y el transporte público se me resiste.

—Qué más quisiera yo que no tener que ir en transporte público. Pero no me queda otra.

—Todo llegará. ¿Entramos?

—Claro. He estado mirando el restaurante y al menos no se ve tan lúgubre como el bar del otro día. Un poco antiguo nada más.

—Sí. Y se come genial.

Entramos. Ya me conocen de vista, pero no saben mi nombre aún.

—¿Podemos sentarnos en cualquier mesa?

—Sí. Menos en la que hay el cartel de reservada.

—Perfecto. Gracias.

Nos sentamos en una cerca de los amplios ventanales del restaurante. Quiero que todos puedan ver la suerte que tengo de estar sentado con una chica tan especial. La tontería me ha invadido.

—Bueno. ¿Aún tienes agujetas de ayer?

—Jejeje. Ya totalmente recuperada de los esfuerzos que me obligaron a hacer.

—Muy bien. Yo ayer, saqué a mi androide a la calle.

—¿Qué?

—Lo vestí con mi ropa. Llevaba una sudadera con capucha. Un niño con su padre, casi nos pillan. Pero creo que ya era el momento de que saliera del ostracismo. No puede estar eternamente encerrado en las cuatro paredes de un piso.

—Por supuesto. Me parece genial. ¿Y cuándo me lo presentarás?

—Si quieres, hoy mismo.

—¡Uauu! Qué bien. Me encantaría. ¿No se le hará extraño ver a un humano que no seas tú?

—En absoluto. Si está ansioso por entrar en contacto con otras personas. Soy yo que le he estado frenando hasta ahora.

—Genial, entonces.

—No paro de darle vueltas a los que me comentaste, acerca de intentar atraer empresas interesadas en fabricar en serie mi androide.

—Claro que sí. Para conseguir que te hagan caso, antes que intentar ir a buscar a candidatos como un loco, lo mejor es hacer que ellos vengan a ti.

—¿Cómo? ¿Con el canal de YouTube?

—Te puedo ayudar a montar el canal, en que aparezcas tú y el robot. Será súper viral. Ya verás cómo te llegarán miles de propuestas.

—Lo del canal lo había pensado, pero lo descarté inicialmente.

—Nadie sabrá dónde estás. Sólo verán lo que tú quieras.

—Podría ser. Si me ayudas, es posible que salga bien.

—Ya verás como sí.

—Los vídeos deben de ser graciosos, pero sin pasarse. Lo importante es visualizar todas las cualidades que tiene el robot, para dejar claro que es algo único.

—Habrá que pensar bien cómo hacemos los vídeos.

—Por otro lado, es muy importante las palabras que usemos en el título del vídeo y en la descripción. Así como la portada o la imagen que aparece antes de hacer clic. Todo eso debe hacerse de tal manera que la gente lo puede encontrar y le dé ganas de verlo. Además, claro está, deberemos promocionarlos inicialmente con los amigos y abrir perfiles en redes sociales para facilitar su viralización.

—Eres toda una experta.

—Son muchos años dedicándome a eso.

—Ya se nota.

Nos traen la carta de platos.

—Hmmm. A ver qué me voy a pedir. Aquí todo está bueno.

—Vamos a ver.

—Creo que de primero un carpacho de buey con queso parmesano. Y de segundo un pollo cocinado con leña.

—¿Pollo? Pero eso es para niños.

—¡Qué va! Es todo un manjar. Si la materia prima es buena y además con el gusto que dejan las brasas, es espectacular.

—Eres un niño grande. Ponte el babero, no vaya a ser que te me manches.

—Jajaja. Qué mala eres. Te dejaré probar y ya verás como tengo razón.

—Ok. Yo me pediré una ensaladita con queso de cabra. Y de segundo una lubina al horno.

—Muy light. Está bien.

—Tengo que cuidarme, que sino después no me entra la ropa.

Se acerca el camarero para pedir nota de los platos.

—¿Qué van a querer para beber?

—Yo quiero una cerveza. ¿Y tú?

—Para mí una copa de vino blanco, por favor. — dice Ariadna.

Se aleja el camarero para entregar la comanda a cocina.

—Bueno, bueno. Me alegro de que hayas aceptado mi invitación. No tenía claro de escribirte el día después de que nos hubiéramos conocido.

—¿Por qué?

—No quería que pensaras que estaba desesperado.

—Para nada. Si no me hubieras escrito, hubiera pensado que pasabas de mí.

—Vaya. Pues he acertado, entonces.

—Sí. Has dado en el clavo. Jajaja.

Un breve momento de silencio, donde ambos analizamos la situación. Giro mi cabeza para observar la gente que pasa por la calle. Me fijo en una mujer que va con su perro. Parece que el perro la lleve a ella, sólo le faltaría que tuviera un collar en el cuello, para que se convirtiera en la mascota de su mascota. Hay quien dice que las mascotas se parecen a sus amos. Aunque en algunos casos, los amos se parecen a sus mascotas. Pero bueno, al fin y al cabo, todos somos animales. Nos creemos que, por ser capaces de razonar, somos superiores. Sin entender que el raciocinio sin control, puede ser toda una bomba de relojería.

Ya se me ha ido la pinza. Vuelvo de nuevo al planeta Tierra.

—Ariadna llamando a Axel, para que vuelva de su viaje.

—Disculpa. Me he quedado atontado. A veces me pasa, que mi cabeza compra un billete para un viaje astral.

—Eso no tiene por qué ser malo. Significa que tienes un mundo interior muy evolucionado.

—Será eso. Jejeje. Pero no quiero que te asustes, eh.

—Uy, ¡qué va! Me gustan las personas peculiares, con cosas que contar. Por lo contrario, huyo de las personas planas, son tristes, monótonas y aburridas.

—Chica inteligente.

—Gracias.

—Me dijiste que compartías piso. ¿Tienes la familia lejos, acaso?

—Mis padres viven en un pueblo a dos horas en coche de aquí. Tienen una casa adosada y pared con pared, vive mi hermano en otra casa, con su mujer y tres hijas.

—Estarán entretenidos tus padres con tantos nietos.

—Pues sí. Pero tampoco hacen mucho de canguro, sólo algún festivo. Los dos trabajan, pero sólo entre semana. Y cuando no curran, viajan o hacen

escapadas. Me encanta ver lo activos que están, son para mí todo un referente.

—¿Y en qué trabajan?

—Mi madre es costurera y arregla todo tipo de prendas de vestir. Lo hace en su casa. Ya la conocen todos en la zona, saben lo bien que trabaja y no le faltan pedidos. Mi padre, trabaja en una oficina bancaria.

—Muy bien. ¿Y cada cuándo los ves?

—Parece mentira que, todo y tampoco estar tan lejos, voy bastante poco. Cada tres meses, intento ir un fin de semana. Pero hablo con mi madre por teléfono, casi cada día. Y si no hablo, nos escribimos por WhatsApp.

—Genial. Es importante no perder el contacto con la familia.

—Además, cerca de donde viven mis padres, también viven mis abuelos, algunos tíos míos, primos y sus respectivos hijos. Tengo una familia bastante numerosa.

—Debe ser todo un espectáculo en Navidad.

—Ya te digo. Toda una locura.

—Cambiano de tema. ¿El trabajo que haces es realmente tu trabajo soñado?

—Me gusta mucho sí. Yo estudié periodismo, pero hay poco trabajo y muy mal pagado. Por eso, tuve que buscar alternativas que tuvieran que ver con lo que había estudiado. Al fin y al cabo, mi trabajo actual tiene mucho que ver con la comunicación, aunque no sea en un medio de comunicación.

—Depende de cómo se mire. Para mí, Internet es el medio de comunicación en mayúsculas.

—¡Uy! Ese es un tema muy controvertido. Pero tienes parte de razón.

—Pero bueno. Ya se dice que, el que comunica, no puede recibir llamadas. Ariadna se queda pensativa con mi comentario. Parece que le está saliendo humo de la cabeza.

—Me has descolocado, Axel.

—Es un juego de palabras. Si comunicas, con el teléfono, es que estás ocupada y no puedes recibir llamadas.

—Jajaja.

—A eso yo lo llamo, humor absurdo.

—Absurdo sí. Pero inteligente, también. Es todo un cóctel.

—Soy el barman de las palabras.

—Jajaja. Bien visto, eso.

—Esto es como los tipos de rimas. Hay la rima asonante, la consonante, pero la que más me gusta es la rima acojonante.

—Jajaja. Has conseguido hacerme llorar de risa.

—El humor es la mejor de las medicinas. ¡Y es gratis!

—Por supuesto. Hay que aprender a reírse de todo, empezando por una misma.

—¡Yeah, baby!

Se me ha pasado volando la comida. No hay nada como estar con tan buena compañía.

—¿Te parece que nos tomemos un café en la terraza y así me fumo un cigarrillo?

—¿Fumas?

—Sí. Ya ves que soy humano y no soy perfecto.

—Pues tendrías que mirar de dejarlo, no te hace ningún bien. ¿Pero fumas mucho?

—No. Un paquete me dura unos tres días.

—¿No te has planteado nunca el dejarlo?

—Seriamente, no. Pero tengo claro, que algún día me desprenderé de este vicio. A veces puede llegar a controlarte y hacer que tu vida esté condicionada por la nicotina y eso tampoco me gusta.

—¡Libérate ya!

—Lo haré.

—Venga, vamos a tomar el café a la terraza, aunque yo prefiero una infusión.

—¡Oído cocina!

Me fumo el cigarrillo, pero no de manera cómoda. Me sabe mal por ella.

—¿Vamos a mi piso para que conozcas a Dexter?

—¿Dexter?

—Sí. Mi androide.

—Anda. Qué nombre más chulo. Por supuesto, vamos.

—Genial. Como penitencia por haberte obligado a salir a la terraza para compartir conmigo mi vicio, me gustaría invitarte y pagar yo la cuenta.

—Acepto tu invitación. Gracias.

—Voy a dentro a pagar y nos vamos.

Entro y pago la cuenta en la barra del restaurante. Me doy cuenta de que no llevo dinero suficiente en la cartera, pero me dejan pagar con tarjeta.

—Vamos en taxi. Así iremos más tranquilos.

—Bien. Pero lo pago yo. — me dice Ariadna.

—A sus órdenes.

Veo un taxi a lo lejos, levanto la mano para que me vea, pero al acercarse me fijo que está ocupado. Justo detrás viene otro, éste sí está libre. Es un coche bastante antiguo, parece mentira que permitan circular coches, así como taxis. Nos subimos, los asientos están rotos por todas partes, dejando ver trozos de espuma. Qué imagen más triste.

—Estate atenta, no vaya a ser que te salga algún bichito por cualquier agujero. — le susurro a Ariadna para que no nos escuche el conductor.

—Jajaja. Mira que eres burro.

El conductor es un señor muy mayor, no creo que le quede mucho para jubilarse. Debe aplicar el refrán de: “Para lo que me queda en el convento, me cago dentro”.

El taxi nos deja una calle después de mi edificio. El señor no me ha escuchado, parece que es duro de oído. Tal como hemos quedado, Ariadna paga el trayecto en el taxi y bajamos sin perder ni un minuto.

Llegamos a mi edificio. Me fijo en que hay dos coches de policía aparcados en la esquina. En el vestíbulo, me dan el alto dos agentes de policía.

—¿Dónde van? — me pregunta uno de los dos policías.

—Vivo aquí. ¿Qué ha pasado?

—Hemos recibido una denuncia de uno de los vecinos. Hay dos compañeros nuestros arriba.

—¿Se puede saber cuál es el motivo de la denuncia?

—No. Por favor, diríjase a su piso.

—Bien. No quisiera molestar.

Subimos con el ascensor, pero no veo nada raro. No sé qué habrá pasado. Cuando vea a alguna de las vecinas que se enteran de todo, ya se lo preguntaré. Modo chismoso, activado.

Abro la puerta de mi piso.

—Pasa, Ariadna. Bienvenida a mi humilde reino.

—Un placer, majestad.

Es raro que no aparezca Dexter. ¿Será que se le ha desarrollado la vergüenza? Sería bien curioso. Entramos hasta el comedor, pero no lo veo.

—No sé dónde se ha metido Dexter.

—¿Es normal que se esconda?

—En absoluto.

Una respiración fuerte nos hace mirar hasta la puerta de una de las habitaciones y veo que Dexter saca la cabeza.

—¡Hoy es un buen día para un exorcismo!

—Joder, Dexter. Estás como una chota.

Yo ya estoy acostumbrado, pero veo que Ariadna se ha quedado helada.

—Espero que no te haya asustado el tonto de Dex. Tiene un sentido del humor muy peculiar.

—Me ha asustado un poco. No me lo esperaba. Pero no pasa nada, Axel.

—Bueno, te presento a la revolución de todos los androides, el único e inigualable... ¡Dexter! — sólo me faltaban los tambores.

Dexter ha puesto el play a la música de la banda sonora de Rocky. Y se pone a saltar, como si de un boxeador que está a punto de subir al ring, se tratara.

—Jajaja. Sois tal para cual. — sonrío Ariadna.

—Supongo que le he transmitido mi chispa personal. Pero no deja de sorprenderme, día a día.

—Tengo que reconocer, que Dexter es impresionante. Supera de mucho, lo que me habías explicado. Estoy alucinando.

—Y lo que no has visto.

—Tras conocerlo, aún tengo más claro que hay que empezar cuanto antes, toda la estrategia de comunicación que hemos comentado.



—¿Qué estrategia? — interrumpe Dexter.

—Me ha comentado Ariadna, que nos ayudará a crear un canal en YouTube dónde subamos vídeos en los que aparezcamos los dos.

—¡Yeah! Me gusta. Lo del canal ya te lo había dicho yo.

—¿Qué os parece chicos, si hacemos un brainstorming para pensar las temáticas de los vídeos?

—¡Venga! Manos a la obra.

Nos sentamos los tres en la mesa del comedor. Enciendo el ordenador portátil, para ir anotando lo que se nos ocurre.

—Lluvia de ideas, activada. — dice Dexter.

—Creo que el primer vídeo, debería empezar con los dos sentados en el sofá, como si fuerais dos amigos que charlan de diferentes cosas. — propone Ariadna.

—¿Y de qué hablamos?

—Sinceramente, lo que digáis es lo de menos, porque lo importante es ver cómo Dex es capaz de interactuar como si de una persona se tratara. Además, tendremos que poner subtítulos en inglés, para que se pueda ver en cualquier parte del mundo.

—Ufff. Yo, de inglés, justito.

—No problem. Yo tengo un buen nivel.

Empezamos a grabar el primer vídeo. Ariadna tomó los mandos de la cámara, como si de una directora de cine se tratara. ¡Acción!

Empieza con un plano corto de Axel.

—Hola. Me llamo Axel. No soy para nada una persona con una vida apasionante, que pueda ser el interés de nadie. Pero tengo algo que presentaros que seguro os dejará alucinados. Los últimos años he estado trabajando en el desarrollo de un sistema de inteligencia artificial que supera con creces, todo lo que habíais podido ver hasta hoy.

Amplía el plano para que se vean los dos perfectamente.

—A mi lado, tengo a Dexter. Aparentemente por su carcasa, no os parecerá nada del otro mundo. Lo impresionante es cómo es capaz de interactuar. No quiero demorar más la presentación y vamos a los hechos. Hola Dexter.

¿Cómo estás?

—Mu-y bi-en a-mo. — le contesta Dexter con voz robótica.

—Venga Dexter, déjate de tonterías. Como veréis, tiene un sentido del humor muy desarrollado.

—Hey, ¡qué pasa! Soy el Máster del Universo de los androides. Soy la caña.

—Y tiene un ego que no le cabe en sus circuitos, también. Jejeje.

—Ego, ego, ego... ¿Estoy en una cueva?

—Bueno, ya veis que no para. Es el festival del humor robótico.

—¡No soy un robot! Soy un androide evolucionado y vitaminado.

—Lo que tú digas.

—Puedo hacer muchas cosas, pero algunas no siempre me apetecen.

—He querido darle libertad de movimientos, como podéis ver.

—Puedo reírme, puedo razonar, puedo compadecerme, puedo entristecerme, puedo soñar. En resumen, puedo hacer como haces tú.

—Qué bonito te ha quedado.

—Gracias. He tenido un buen maestro. “Dar cera, pulir cera”. Jajaja.

—Soy tu Señor Miyagi. Si me tiño el pelo de canas y aprieto los ojos, soy clavadito.

—Yo, ser tu mejor discípulo, sensei.

—El mejor y el único. Mis aprendizajes empiezan y acaban contigo.

—El que estáis viendo, es un androide de verdad. Nada de efectos especiales, ni edición de vídeo. Puede parecer sorprendente, pero la tecnología evoluciona a pasos agigantados y ésta es una prueba real.

—Verdad, verdadera. Verdad de la buena.

—Por hoy, ya es suficiente. Espero que hayáis pasado un buen rato y empecéis a soñar con una vida rodeada de androides. No hay que verlos como un enemigo, sino como un colaborador para todo aquello que no nos apetece hacer. En resumen, hacernos la vida más fácil.

—Gracias por estar allí. “Hasta la vista, baby”.

—Un saludo a todos. ¡Que el futuro venga a nosotros!

Ariadna apaga la cámara. Está alucinada.

—¡Espectacular! Ha quedado genial. Y con una sola toma Felicidades.

—Gracias. Nos hemos dejado llevar.

—Muy bien. Voy a llevarme el vídeo para hacer la postproducción y poder subirlo online.

—¿Qué nombre le pondremos al canal?

—Yo lo llamaría: “Dexdroid”.

—¡Uauu! Me mola. — exclama Dexter.

—Un nombre genial, Ariadna. Eres una crack.

—Los cracks sois vosotros. También abriré un perfil en Facebook, Instagram y Twitter. Yo me encargo de gestionar las redes sociales. Ya veréis cómo será la bomba.

—Sin ti hubiera sido imposible hacerlo, Ariadna. Mil gracias.

—De nada. Gracias a ti por dejarme ser partícipe. Sin contar que me hayas dejado ser la primera persona con la que has compartido tu creación. Eso no lo olvidaré nunca.

—Y ahora, ¿qué?

—Me voy para casa, que hay mucho curro por delante. Pero esta noche, queda todo listo.

—Perfecto. Ya me avisas cuando esté online, para ver cómo ha quedado.

—Claro que sí.

Estoy emocionado y nervioso. La idea de aparecer en un video, tampoco me hace mucha gracia. Pero, sin duda, es la mejor manera de poder conseguir que nuestra historia llegue muy lejos.

Me quedo tirado en el sofá, con el móvil al lado, esperando que Ariadna me contacte. Se me van cerrando los ojos, hasta que me quedo totalmente grogui.

Me despierto con el tono de aviso de llegada de mensajes en WhatsApp.

Ariadna: “Hola Axel. Ya está todo listo.”

Axel: “Genial.”

Ariadna: “Te paso el enlace del canal para que puedas verlo. Ha quedado muy bien.”

Axel: “Qué nervios.”

Ariadna: “Hace media hora que el vídeo está publicado y ya ha tenido casi 1.000 visitas.”

Axel: “¡Qué barbaridad!”

Ariadna: “En las redes sociales se está viralizando bastante bien.”

Axel: “¡Yeah!”

Ariadna: “Ya te voy informando. Pero el cohete ya ha despegado.”

Axel: “Muchas gracias guapa. Si no hablamos, que tengas buenas noches.”

Ariadna: “Igualmente.”

Estoy flipando en colores. Nunca me hubiera imaginado que un vídeo creado por una persona individual, pudiera ir viralizando tan rápido. Tengo claro, que sin Ariadna hubiera sido imposible.

—¡Dexter!

—¿Qué pasa?

—Empezamos a ser populares. Acabo de mirar ahora el vídeo que ya ha publicado Ariadna y llevamos 2.500 visualizaciones.

—¡Ándele! ¡Ándele!

—No para de subir. A ver si ya no podré ni salir a la calle sin que me paren. Jajaja.

—Tendrás que salir con gorra y gafas de sol.

—Bueno, a ver qué le parece a la gente. Mirando los comentarios, veo que hay de todo tipo. Gente que no se cree nada y dice que tenemos la gracia en el culo. Otros que afirman que los efectos especiales son patéticos. Pero hay bastantes que nos felicitan.

—Muy contento, yo, estar.

—¡Qué la fuerza nos acompañe!

El vídeo no para de subir de reproducciones. Estoy expectante a los mensajes de contacto que puedan llegar. Quién sabe si alguna proposición que poder estudiar.

Ha sido un día intenso y decido irme a la cama. Estoy cansado, pero no doy más que vueltas. A parte, no dejo de mirar el móvil para ver el número de reproducciones del vídeo. Es algo obsesivo y no paro de darle vueltas. Al final, el sueño me hace prisionero y consigo dormirme.

Lunes por la mañana. El vídeo está que se sale. ¡Alucinante! Es lo primero

que he mirado al despertarme. No paran de registrarse comentarios, pero leerlos todos es una tarea titánica.

Tras mi rutina matinal, me preparo para salir a buscar mi coche. Ya tengo mono de estar al volante, escuchar el rugido del motor y apretar el acelerador. Por suerte, la factura del mecánico la paga el seguro, así que no tengo que preocuparme por tener que llevar dinero. Tengo que coger un taxi, espero que sea el último en mucho tiempo.

Bajo a la calle. Es buena hora, porque no están nada concurridas las calles. Veo un taxi libre a lo lejos, levanto el brazo. ¡Cómo canta, por favor! Pero si me acabo de duchar. El desodorante me ha abandonado definitivamente y ha dejado que las axilas cobren vida propia. Tendré que evitar levantar los brazos demasiado, no quiero provocar la muerte por asfixia de nadie.

El taxi para, me subo sin perder ni un minuto y mientras me estoy sentando le indico la dirección a dónde voy.

—Vamos, entonces. — me contesta el taxista.

Estoy en mi mundo, absorto, atontado.

—Parece mentira, la de cosas que se ven por Internet. — me dice el taxista.

—¿Por qué?

—Ayer mi hijo estaba viendo un vídeo surrealista, de un tipo con un robot. Ya no saben qué hacer para aparecer por las pantallas.

—Vaya. Hay gente para todo.

—¡Oye! Tú te pareces mucho al chico del vídeo.

—Anda. Qué casualidad.

—¿Seguro que no eres tú?

—Para nada. No me gusta en absoluto salir ni en vídeos, ni en fotos.

—Pues eres clavado.

—No sé qué debe tener mi cara, que siempre me confunden con alguien.

—Bien, bien.

—¿Y de qué iba ese vídeo que me comenta?

—Un chaval y una especie de robot estaban haciendo chorradas. A mí hijo le encantó, pero a mí me pareció un poco ridículo. Aunque hay que decir que los efectos especiales eran muy buenos y parecía que el robot tuviera vida propia. Pero era poco creíble, porque los robots no son capaces de razonar

como los humanos.

—Ya. Bueno, nunca se sabe. La tecnología avanza a pasos agigantados.

—Si por mí fuera, que no avance más, ya estoy bien como estoy.

—Hay que luchar contra la resistencia al cambio.

—Lo que hay que luchar, es por defender nuestro modelo de vida actual. Si empiezan a volverse locos aplicando la tecnología, aún más, en nuestro día a día, estamos muertos.

—Puede ser. — para qué discutir con un troglodita, mejor darle la razón para que se vaya contento a casa.

He podido escapar del interrogatorio. Pero esto es el principio de la repercusión de la popularidad del vídeo. Tendré que ir mentalizándome en pensar diferentes estrategias de evasión.

Entro en el mecánico, hay dos operarios debajo de dos coches removiéndoles las tripas. Aparece el responsable con andares desganados.

—Hola. Vengo a buscar mi coche. Me llamaron el viernes para que viniera esta mañana a recogerlo.

—Sí. Está ya listo. No nos ha dado tiempo a pasarlo por el túnel de lavado.

—No pasa nada. ¿Pero por el resto, está todo bien?

—Sí. Ya hemos podido arreglar la dirección, nos ha costado lo nuestro porque es la primera vez que nos encontrábamos con un problema así. Pero por suerte, hemos podido dar en el clavo.

—Genial. Pero espero que no me hayan dejado el clavo dentro. Jejeje.

—¿Cómo? — me mete una mirada que lo dice todo, no está para hostias.

—Nada, nada.

—Bueno, firme el albarán de entrega y ahora sacamos el coche.

—Perfecto. Gracias.

Escucho como ruge el motor y empieza a aparecer mi coche por la rampa de subida a la calle. ¡Qué ganas tenía de volver a verlo! Está un poco guarrillo, pero me da igual. Me da las llaves y me subo. Me toca volver a ajustar el asiento y los retrovisores. Pongo la llave en el contacto y me dispongo a escuchar el concierto de bienvenida. ¡Qué gozada!



# CAPÍTULO 4. REPERCUSIÓN

*Una semana después.*

Estoy flipando con la repercusión del vídeo. De momento va por unas 250.000 reproducciones. ¡Increíble!

Me han contactado ya algunas empresas que quieren reunirse conmigo por videoconferencia. Son extranjeras y ya que mi inglés es horrible, he quedado con Ariadna para que me ayude.

Suena el interfono de la calle.

—¿Quién osa perturbar mi tranquilidad? — contesto con voz ronca.

—¡Uy! Disculpe, me habré equivocado de piso. — contesta Ariadna.

—¡Es broma! No te has equivocado. Ahora te abro.

—Jajaja. Me lo había creído como una tonta.

Pulso el botón del interfono para que pueda entrar al edificio. Abro la puerta de mi piso para esperarla. Hace unos días que no la veo y tengo ganas de poder pasar un buen rato con ella.

—Hola guapa. Perdona por la broma.

—Tranquilo. Me ha parecido gracioso.

—Ya sabes que a veces se me va la pinza, no lo puedo remediar.

—Soy consciente de ello.

—Bueno. Vamos a mi despacho y comentamos todos los temas.

Pasamos por el comedor. Dexter está muy concentrado viendo una película futurista.

—Hola Dex. — le saluda Ariadna.

—¿Estás viendo una peli de tus semejantes?

—Sí. Muy interesante. Va sobre la rebelión de unos androides que son esclavizados por los humanos.

—Cuidado, no te lo tomes al pie de la letra. Es sólo ficción.

—¡No me digas!

—Bueno, te dejo tranquilo.

Entramos con Ariadna a mi despacho. Se sienta a mi lado, delante del ordenador.

—Bueno Ariadna, vamos al tema.

—Es brutal la popularidad que está cogiendo el vídeo.

—Aún estoy que no me lo creo.

—Pues sí.

—Tenemos que analizar las propuestas que me han llegado y analizar las que pueden ser más interesantes.

—Me las he mirado. Creo que hay un par que tienen muy buena pinta.

—¿Cuáles?

—La de Strongdek. Es una empresa especializada en inversiones tecnológicas, con un foco muy claro en todo lo que tiene que ver con los hogares inteligentes. Esa, sin duda, es una de las salidas comerciales de un androide tan evolucionado. Por otro lado, la de la empresa GTY Invest, en este caso hacen inversiones más dispares, pero tienen una potencial económico muy superior. Me he tomado la licencia de concretar una reunión por videoconferencia en un rato, con las dos.

—Tú sí que sabes ser ejecutiva. Eres la ostia.

—Gracias.



—Por supuesto que, si la cosa va bien, quiero que puedas estar involucrada.

—Podría estar bien. No lo descarto para nada.

—Entiendo que tú vas a llevar la batuta de la reunión, porque de inglés voy muy pez.

—Sí, tranquilo. Yo me encargo.

—Entender más a menos, puedo. Pero hablar, no llego ni a nivel indio.

—No te preocupes, ya explicaré que no hablas bien el idioma.

—Hmmm. ¡Espera! No había caído en una cosa. Dexter puede hacer de traductor simultáneo. Sería una manera genial de demostrar en vivo, una de sus muchas utilidades.

—¿Cómo?

—Sí, sí. Puede hablar cientos de idiomas perfectamente. Puedo conectar unos auriculares con micrófono a su toma bidireccional que tiene incorporada. De esta manera, toda la conversación podrá traducirla automáticamente, para que yo la pueda seguir sin problemas. Y todo lo que yo diga, lo traducirá para decirlo en boca suya, en el idioma que corresponda.

—¡Qué pasada! Pues sería genial hacerlo.

—¡Dexter! ¿Puedes venir un momento, por favor?

—¿Qué pasa?

—Ven, que te quiero comentar una cosa.

—Vaaaale.

Escucho como se acerca lentamente. Saca la cabeza por la puerta.

—Ya puede ser importante. Estaba viendo una película que me gustaba mucho y me has cortado el rollo.

—Tenemos dos reuniones importantes en un rato. Ellos hablan inglés y había pensado que podrías hacer de traductor simultáneo.

—Ufff. Qué pereza. Me da mucho palo.

—No seas así. Venga, necesitamos que salga bien.

—No tengo claro que quiera que salga bien.

—¿Qué dices?

—¿Qué será de mí, si encuentras una empresa que financie la fabricación

en serie de androides como yo?

—Para empezar, nunca pienso fabricar un androide como tú, eres único. Pero sí, androides que tengan parte de tus cualidades.

—¿Seguro?

—Te lo juro por Snoopy. Jejeje.

—Si es así, de acuerdo.

—Me encanta lo fácil que eres de convencer.

—Es que no me gusta hacerme el difícil.

—Bueno Ariadna. Todo arreglado.

—Genial chicos. Me gustaría que pudiéramos preparar una breve presentación en PowerPoint. Siempre va bien como soporte explicativo.

—Por supuesto.

Nos pusimos a preparar la presentación. Bueno, más bien la estaba haciendo ella, yo sólo verbalizaba las ideas que se me pasaban por la cabeza. Realmente, hacíamos muy buen equipo.

Todo listo para la reunión. Ya he configurado todo lo necesario para que la traducción simultánea con Dexter funcione sin problemas.

—¿Estamos listos? — pregunta Ariadna.

—Sí. Todo listo. Cuando quieras.

—Bien, pues los llamamos ahora mismo.

La llamada está en curso. Suena, suena, suena... Sigue sonando, sonando, sonando. Se están haciendo de rogar. ¡Hombre! Por fin se dignan a aparecer. En la imagen veo cuatro personas sentadas en la mesa de una sala de juntas. Dexter ya está preparado para empezar la traducción.

—Hola a todos. — inicia la reunión Ariadna.

—Hola. Un placer hablar con vosotros. Mi nombre es Hikari. Me acompañan mis colaboradores del departamento de selección de nuevos proyectos.

—Soy Ariadna. Estoy ayudando a Axel en todo lo relacionado con el posible desarrollo en serie de su androide.

—Perfecto.

—Primero de todo, queremos explicarles que Dexter está traduciendo

automáticamente a Axel toda la conversación. Y cuando él tenga algo que decir, se comunicará por boca del androide. Es uno de los muchos talentos que tiene.

—Muy bien.

—Les voy a compartir pantalla para enseñarles la presentación que hemos preparado.

—Adelante.

—Estamos ante el momento más revolucionario de la historia reciente de la humanidad. Lo que hasta ahora sólo era posible ver en las películas, por lo que a inteligencia artificial se refiere, ya es una realidad. Ya no es simple ciencia ficción, es el presente. Sus usos son innumerables y estamos convencidos que su rendimiento económico puede llegar a ser increíble.

—Suena bien.

—Sabemos que, en su empresa, están especializados en negocios para mejorar la vida en los hogares. Dexter va a convertirse en la tecnología que ayudará de verdad a todas las personas. Cualquier tipo de tarea, será fácilmente llevada a cabo sin complicaciones.

—Eso, suena mejor. Nos gustaría que nuestros ingenieros pudieran analizar con detenimiento toda esta nueva tecnología.

—Perdonen que me interponga. — contesto yo. —Una condición sine qua non, es que Dexter nunca se separará de mí, ni será objeto de ningún experimento, control o análisis alguno sin mi supervisión. Toda mi tecnología está perfectamente documentada para que pueda ser usada en entidades androides. Por otro lado, entenderán que no pueda dejarles ver mis sistemas, si antes no hay un acuerdo.

—Bien. Pero vosotros entenderéis que, sin pruebas del funcionamiento, no podemos plantearnos ninguna inversión.

—¿Pruebas? Las tienen justo a mi lado. Dexter es la prueba de que todo lo que digo es verdad y funciona.

—Ya. Pero sin un análisis en directo de nuestros técnicos, no podemos auditar si la tecnología es lo que dices que es.

—Ok. Podemos mirar de buscar un punto en el que ambas partes nos sintamos cómodos.

Ariadna interviene para romper el bucle en el que estaba entrando la conversación.

—Creo que podríamos consensuar que algunos de vuestros técnicos puedan analizar en directo todo el potencial del androide, pero en todo momento, nosotros deberíamos estar presentes. Por otro lado, no queremos entrar en tener que preparar ningún business plan, ni nada parecido, entendemos que el análisis del negocio precisamente es vuestro fuerte.

—No es algo que acostumbremos a hacer. Pero me parece bien. — contesta Hikari.

—Genial. Si no tienen ninguna duda más, esperamos que puedan analizar nuestra propuesta y que nos puedan responder lo antes posible.

—Ok. Ya os contactaremos y os informaremos de nuestra resolución.

—Muchas gracias. Que tengan un buen día.

—Igualmente.

Bueno, primera prueba de fuego superada. Ha ido mejor de lo que esperaba. Ahora nos queda la segunda reunión, aunque ya los nervios se han ido diluyendo.

—¿Oye, muy bien no? — dice Ariadna.

—Sí. Pero los he visto muy fríos.

—Eso es normal, hombre. No pensarás que se pondrán a aplaudir como si estuvieran en un tablao flamenco.

—Ya. Pero no sabría decir si realmente acabarán creyendo en el proyecto y hacernos una propuesta.

—Hombre de poca fe. Ya verás como sí.

—Cruzo los dedos. — acompañado con el gesto con ambas manos.

—La siguiente reunión estaba abierta. Me comentaron que estaban todo el día reunidos con su equipo, analizando diferentes temas y que los podía contactar cuando estuviéramos disponibles.

Ariadna coge su móvil para intentar contactar con el responsable de la segunda empresa. Tarda un poco en ver su mensaje y contestar. Parece que ahora mismo ya les va bien. Esta vez nos piden usar un sistema de videoconferencia que no había probado nunca, por lo que nos toca instalarlo primero.

—¡Mierda! No se deja instalar.

—¿Qué pasa Axel?

—Ni idea. Voy a ver en la web del software que nos han dicho que usemos, para ver si consigo cómo solucionarlo.

—Mannn-zaaa-niii-llaaa. — dice lentamente Dexter.

—Mira, veo que el enlace del instalador no es la última versión y quizás por eso da problemas.

—Meee-looo-cooo-tooón.

—Dex. ¿Qué te pasa en la boca?

—Intento relajar el ambiente. Jajaja.

—¡Ahora sí! Ya me dejó completar la instalación.

—¡Bravo, maestro! — exclama Ariadna acompañado de una cariñosa palmadita en la espalda.

—Los llamamos ya, ¿verdad?

—Sí. Nos están esperando. ¡Dale!

Va sonando un tono a modo de timbre, que a la par que inquietante, empieza a desesperarme. Por fin, pasa a dar paso a la emisión de la cámara de vídeo de la otra parte. Son tres personas.

—Hola señoras y señores. Soy Ariadna.

—Hola chicos. Mi nombre es Anika. Hasta ahora habíais hablado con mi colega. Yo me encargo de llevar la toma de decisiones referente a nuevos proyectos en los que podamos invertir.

—Un placer, Anika.

—Antes de nada, os quería comentar que lo que habéis desarrollado es espectacular, pero es simplemente un prototipo. Todo el trabajo titánico que supone crear la planificación del negocio y su monetización, no tenéis absolutamente nada. Eso es un hándicap importante, pero eso no quiere decir que nuestra respuesta tenga que ser negativa, de lo contrario no estaríamos hablando con vosotros.

—Muchas gracias por tu sinceridad y poder atendernos.

—Dado que lo único que se puede analizar es la tecnología que habéis creado y aplicado al androide, os proponemos que firmemos un acuerdo en el que nos comprometemos a no copiar nada de lo que podamos aprender,

relacionado con vuestra tecnología. De esta manera estaréis más tranquilos para poder transferirnos el software que se ha creado, así como toda la documentación, para que podamos estudiar sus posibilidades. Si viéramos que tiene potencial económico, os haríamos una propuesta.

—¿No habría ninguna opción de que sus técnicos se desplacen hasta aquí y puedan hacer todas las pruebas que quieran, pero siempre bajo nuestra supervisión?

—Lo siento, pero no. No es nuestra forma de trabajar. No podemos estar enviando a nuestros técnicos por todo el mundo a analizar posibles proyectos. Sería una locura.

—Bien. Si no le importa, pueden enviarnos el documento que nos ha comentado, lo hablamos entre nosotros y ya les decimos algo.

—Ok. Así lo haremos.

—Gracias. Hasta pronto.

Dexter que había estado todo el rato totalmente quieto, levanta la mano y empieza a moverla como quien se despide de su perrito.

—¡Si no lo veo, no lo creo! ¿Se han creído que somos gilipollas? — exclamo.

—Ya. Por desgracia hay muchas organizaciones que funcionan así. Se creen que todo el mundo come de su mano.

—Obviamente, vamos a decirles que ni hablar del peluquín.

—¡Por supuesto!

—Entonces deberíamos centrarnos en la primera empresa con la que nos hemos reunido, que parecían mucho más razonables.

—Debemos esperar a ver qué nos proponen.

—¿Qué te parece si vamos a cenar fuera?

—¡¿Eh? ¡¿Y yo qué? — se interpone Dexter.

—Dex. Ya sabes que aún no es el momento. Todo llegará.

—Eres un cansino. Siempre, bla, bla, bla. Y yo aquí, encerrado como un mono de feria.

—Modo culebrón activado. Jejeje.

—No te pongas así Dextercito. — dice Ariadna.

—Ya sólo por cómo lo has dicho, me siento mejor. Tu dulzura, derrite mis

circuitos.

—Eres único Dexter. Por cierto, Axel, lo de ir cenar, por mi encantada.

—Genial. Pues ya podemos ir tirando.

Tampoco no quiero ir demasiado lejos. A unas seis calles hay un restaurante que te sirven pequeñas raciones de infinidad de cosas, es todo un espectáculo para el paladar.

—Mira Ariadna, este es el sitio que te comentaba. Seguro que te gustará.

—Vamos a ver.

No hay ni una mesa libre.

—¿Nos sentamos en la barra, o prefieres que vayamos a otro sitio?

—No pasa nada por estar en la barra. Además, son todo platitos pequeños, por lo que tampoco es tan incómodo.

—Perfecto.

Nos sentamos en dos taburetes frente la barra. Cojo una carta y ya empiezo a salivar. Decido unos cinco platillos y Ariadna confirma su aprobación absoluta a mi propuesta alimenticia.

—Bueno, bueno. Mira que es duro el mundo de los negocios. ¿Verdad, Ariadna?

—Pues sí. Pero creo que no nos podemos quejar. La cosa va viento en popa y a toda vela.

—Espero que la vela no se rompa. Jejeje.

—No llames al mal tiempo, hombre.

—Me llamaban cenizo y por eso empecé a fumar. Jajaja.

—Qué manera de perturbar la tranquilidad de las palabras, haciéndolas subir en una montaña rusa.

—Cierto, pero nunca salen mareadas. Que eso es lo importante.

—¡Ufff! De verdad, que profundidad de reflexión. Tengo la sensación de que estuviera en una tertulia literaria, después de unos cuantos tragos.

—Bien visto. Tu locuacidad me deja perplejo, pasmado, atónito.

—Muchas gracias, gentil caballero.

—De nada, hermosa damisela.

—¿Sabes qué? De tanta verborrea, me ha entrado hambre. Jajaja. — dice

Ariadna.

—El local está a tope. Supongo que en cocina no darán abasto, así que habrá que ser pacientes.

—Bueno, intentaré calmar a mi gusanillo.

—Por cierto. Creo que conseguiremos que con los que hemos hablado, inviertan en el proyecto. ¿Y qué te gustaría hacer a ti?

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo, podrías dejar tu trabajo y unirme al equipo a tiempo completo.

—Pues, no lo sé, la verdad. Tendría que ver, qué seguridad me aportan, porque no quisiera dejar un trabajo fijo que tengo y a los pocos meses encontrarme que me dan una patada.

—¡Eso, nunca!

—Ya. Pero tú difícilmente podrás controlarlo. Dudo que te ofrezcan ningún cargo directivo, ni tengas el control de la sociedad que crearían.

—Siempre se puede incluir una cláusula en el acuerdo, que les obligue a tenerte en el equipo durante un mínimo de tres años, por ejemplo.

—Se puede comentar, pero habría que ver las condiciones.

Nos traen finalmente los platillos que habíamos pedido. Nos ponemos a picotear de aquí, para allá sin mediar palabra, el hambre nos puede.

De repente suena el móvil de Ariadna. Coge su móvil y veo que se queda estupefacta.

—¡Oye! Me acaba de escribir Hikari, de Strongdek.

—¡Uauu! Qué rápido. ¿Qué te dicen?

—Están muy interesados en el proyecto y quieren empezar a hacer todos los números y redactado de acuerdos.

—¡Yeah!

—Pero no me dicen nada aún de condiciones, dinero, estructura de negocio y todo eso.

—Bueno, eso requiere tiempo para prepararlo. Pero sin lugar a duda es una noticia excepcional.

—Por supuesto. Pero aún nos podemos llevar sorpresas no muy agradables.



—No nos pongamos la tiritita, antes de la herida. Debemos aprovechar para celebrarlo. ¿No crees?

—Pero si no ha hecho más que empezar.

—Cuando se cierre del todo, ya haremos la fiesta del siglo. Pero hoy podemos hacer una celebración entre tú y yo.

—¿Y qué tienes pensado?

—Vamos a bailar y a dejar volar nuestros instintos musicales.

—¿Quieres ir a una discoteca? No soy muy asidua.

—Un día, es un día, mujer.

—Ok. Tú ganas. Pero ya te digo que lo de bailar no es mi fuerte.

—Tranquila. No te pediré que me intérpretes el Lago de los Cisnes.

—Jajaja. Muy bien. Me convenciste.

Aún quedan algunas migajas en los platos. No se pueden quedar ahí, sería todo un delito.

—Ya hemos arrasado con todo. ¿Nos vamos a mover el esqueleto?

—Venga. Pago yo.

—Ok. Yo me encargo de los gastos del baile.

—Por favor, la cuenta. Voy a pagar con tarjeta de crédito. — le dice Ariadna al camarero.

—¿No puede pagar en metálico?

—No, lo siento. ¿Acaso no tenéis datáfono?

—Sí. Pero el jefe insiste en que evitemos cobrar con tarjeta.

—Ya. Así no tienen que declarar ese dinero. El dinero negro es toda una plaga. Pero, yo quiero pagar con tarjeta.

—Ok. Ahora mismo traigo el aparato.

Ha costado, pero al final Ariadna puede abonar la cuenta.

—Venga, vamos. — dice Ariadna.

—Hace tiempo que no voy a una discoteca de mi época bailonga, que tenían muy buen ambiente. Tenemos que coger un taxi para llegar.

—Vale. A ver dónde me vas a llevar.

Salimos del restaurante. Está lloviendo a cántaros y nos resguardarnos debajo de unos balcones observando a la gente cómo va corriendo por la

calle, mientras el agua les empapa.

—Está cayendo una buena. No tiene pinta de parar pronto. — le digo a Ariadna.

—Pues sí. Y no me he traído el bañador.

—A tres edificios hay un bar. ¿Vamos a tomar algo, mientras esperamos que pare de llover?

—Me parece bien.

No habíamos dado ni dos pasos, cuando escuchamos unos cánticos. Vienen de los bajos del edificio, cuyos balcones nos protegen del agua.

—¿Qué es eso que se escucha? — se pregunta Ariadna.

—Ni idea. Suena como una secta. Pero nunca había escuchado algo así.

—¿Entramos a fisgonear?

—No suena un plan muy apasionante.

—Si no entramos, no lo sabremos.

—Ok. Veamos.

Vemos que hay un local, con las ventanas tintadas y una puerta sin ningún rótulo. Todo muy extraño. Parece que no quieren recibir visitas.

—Axel. Aquí hay un timbre. A ver si nos abren.

Suena un largo pitido. Los cánticos se paran de golpe y escuchamos unos pasos que se van acercando. Nos abre la puerta un señor de avanzada edad, barba prominente y pelos largos descuidados.

—¿Qué queréis? — pregunta el inquietante individuo.

—Hola. No queríamos molestar, pero hemos escuchado unos cánticos y nos gustaría saber de qué se trata. — contesta Ariadna.

—Somos la Iglesia de los Salvadores de la Tierra.

—No lo había escuchado nunca. ¿Serían tan amables de dejarnos entrar para poder conocer mejor su organización?

—Por supuesto. Pasad.

Entramos en el local. Hay una pequeña recepción y tras unos ventanales se ve un espacio muy grande, totalmente diáfano, lleno de sillas y sin ningún elemento decorativo. Deben ser la iglesia más minimalista que haya en el mundo. Vemos decenas de personas de pie, mirando al techo. Todo muy

perturbador. ¿Quizás estarán mirando si hay goteras?

—Disculpe. ¿Cómo funciona su iglesia? — pregunta Ariadna.

—Somos los seguidores de los Seres de Luz, que son los que nos rescatarán de la oscuridad del Apocalipsis. La Tierra está destinada a arder en el infierno provocado por la raza humana. Pero nosotros, queremos preparar el planeta para la llegada de nuestros salvadores.

—¿Qué salvadores?

—Los Seres de Luz. Son una raza superior de alienígenas, cuya función principal es la de proteger el Universo. Nosotros marcamos el camino que los tiene que guiar hacia aquí, para que la Tierra pueda renacer de sus cenizas.

—Pero ¿cuándo será el cataclismo?

—En cualquier momento puede suceder. Por eso debemos estar preparados.

—¿Hay muchas congregaciones de su iglesia?

—Sí. Estamos por todo el mundo. Cada vez más, la gente nos va conociendo y no paran de crecer el número de adeptos. ¿Os interesaría formar parte?

—Nos lo tenemos que pensar. Es muy interesante. Ya volveremos si finalmente decidimos unirnos.

—Muy bien. Si queréis, podéis asistir a la ceremonia de las Lunas de Júpiter. Se trata de una sesión que permite adaptar nuestro cuerpo y nuestra mente, a hitos que la gente pensaba que no se podían alcanzar.

—Gracias por la invitación, pero nos están esperando. Ya vendremos en otra ocasión.

Salimos de allí lo más rápido que podemos, no vaya a ser que nos contagien algo.

—Pero ¿qué ha sido eso? — me pregunto.

—No tengo muy claro si están sólo locos, o bien, si son unos psicópatas peligrosos.

—En la vida había escuchado nada acerca de esta iglesia. Hay que reconocer que están como una chota, pero son muy originales.

—¿Y qué me dices de las pintas del señor ese, o de los que había dentro?

—Parecían seres abducidos. Eran inquietantes. La fe mueve montañas y

planetas.

—Bueno, vayamos al bar que me habías comentado.

—Necesitamos unas cuantas copas para poder asimilar lo que hemos vivido. Jejeje.

Tras la parada improvisada, llegamos a un bar de copas, lleno de sofás, música chill out y con camareros vestidos con uniforme blanco cegador.

Nos sentamos en uno de los sofás que están más apartados, donde la luz apenas puede llegar. Se acerca el camarero, con porte ceremonial.

—¿Qué desean tomar?

—Una copa de vino tinto, por favor. — dice Ariadna.

—Para mí, un gin tonic bien cargadito. —le digo yo.

Parece que la escritura no es uno de los fuertes del camarero, porque se lo toma con calma. Además, ¿es necesario apuntarse en una libreta para sólo dos bebidas? ¡Qué poca capacidad de retención de información, por favor!

—Te has fijado que este camarero, podría ser perfectamente un integrante de la secta que hemos visto. — le comento a Ariadna.

—Jajaja. Pues sí, da el perfil.

—Sabes que, muchas veces me he imaginado montando una secta. Pero de las buenas. En la que el buen rollo sea un elemento imprescindible, que los afiliados no tengan que dar dinero, que no haya veneración por ninguna imagen, ni persona.

—Entonces, no es una secta. Es un club de amigos.

—Habría un líder, que sería yo. Lo único que les pediría es que asistieran semanalmente a mis sermones, de no más de diez minutos.

—El Padre Axel, el abanderado de la fraternidad.

—No aspiro a ser el padre de nadie. Sólo de aquellos que realmente quieren salir de una vida vacía, centrada en el egoísmo y la codicia.

—Suená muy idílico. Ahora, despierta y regresa al mundo terrenal. Jajaja.



# CAPÍTULO 5. ANALIZANDO

*Tres semanas después.*

Hikari de la empresa Strongdek, contactó con Ariadna para concretar la llegada de un equipo de sus técnicos que se encargarán de analizar todas las funcionalidades y capacidades de Dexter, a fin de poder estudiar las viabilidades de negocio y posibles implementaciones de cómo paquetizar los diferentes productos que estimen que tengan mayor viabilidad.

Han alquilado una oficina en la que puedan tranquilamente realizar todas las tareas y análisis necesarios. Yo estaré en todo momento al lado de Dexter, no quiero perderlo de vista. Hay gente muy rara por el mundo.

Estoy un poco preocupado, porque no sé qué me encontrará. Pero debo tener la mente abierta, ya que de lo contrario no conseguiré llegar a ningún sitio. Es un duro trabajo para mí, siempre he tenido una mentalidad conservadora que ha limitado la posibilidad de triunfar en mis emprendimientos.

Ya he intentado preparar a Dexter, aunque no lo veo tampoco muy afectado, ni preocupado.

He quedado que pasaría a buscar en coche a Ariadna por su casa. De allí iríamos todos a la oficina de Strongdek.

—¡Dexter! ¿Dónde andas?

—Estaba meditando.

—¿Desde cuándo meditas, tú?

—Ayer vi un documental sobre un templo budista, en el que explicaban que

la meditación posibilita llegar a cotas espirituales que te permiten ser mejor persona.

—Pero tú no eres una persona.

—Siempre estás intentando tirarme por el suelo mis ilusiones.

—Te tengo dicho que no te fumes marihuana, que te deja flipado. Jejeje.

—¡Amén, hermano! Oremos al Señor.

—Venga, déjate de tonterías. Nos tenemos que ir, nos están esperando.

—“Mamá dice que la vida es como una caja de bombones, nunca sabes el que te va a tocar.”

—Guuuump. Dexter Guuuump.

—¡Un mini punto para el humano!

—Jajaja.

Parece mentira la de chorradas que se pueden llegar a decir en tan poco tiempo.

Consigo finalmente que me haga caso y salimos del piso. Hay que coger el ascensor hasta la planta del aparcamiento.

Voy hacia casa de Ariadna. Esta chica me tiene atontado perdido, pero aún no me he decidido a lanzarme. Es muy especial para mí y tampoco quisiera fastidiar lo que tenemos. ¿Miedo al rechazo, quizás?

Por donde vive ella, es imposible estacionar el coche, así que no tengo otra opción que dejarlo en doble fila, mientras esperamos a que baje. Ya le he enviado un mensaje avisando que hemos llegado. Parece que se lo toma con calma. Escucho un grito a mi derecha y un señor desquiciado aporreando la ventanilla del coche. La bajo para poder escucharle, tampoco quiero que se me ahogue, el color rojizo que le va subiendo por su rostro no es señal de nada bueno.

—¡Atontado! ¿No ves que quiero salir y sacar mi coche?

—Disculpe. No le había visto.

—¡Vosotros nunca veis nada! Sois unos putos egoístas, que sólo pensáis en vosotros mismos.

—¿Vosotros? ¿De qué me habla?

—Sí, sí. Vosotros, la chusma de la sociedad. ¡Sois basura! Os deberían meter a todos en una cámara de gas.

—¿Sabe qué le digo? ¡Váyase a tomar por el culo, gilipollas!

—¡Baja y dímelo a la cara, cobarde!

—¿Cobarde? ¡Será tarado!

Estaba justo abriendo la puerta de mi coche para bajar y cantarle las cuarenta, cuando escucho una vocecita acojonante.

—¿Has visto lo que ha hecho la guarra de tu hija? ¡Yo soy el Diablo, ahora suelta estás malditas correas! — Dexter en estado puro, con sangre en los ojos, en una de sus mejores actuaciones. Una interpretación impecable de El Exorcista.

Veo como el señor va perdiendo todo el tono rojizo, para ponerse totalmente pálido. Sin mediar palabra, se gira para volver a su coche, con paso lento, mientras aprovecho para recriminarle.

—¿Ahora quién es el cobarde? No quiero volver a ver su cara de gilipollas nunca más.

Tiro el coche para atrás para que pueda salir. No se lo piensa dos veces y sale pitando. Parece que Dex ha sido muy convincente.

—Mira, por allí viene la damisela.

Ariadna está cruzando la calle. Está radiante, como no podría ser menos. Sube al coche con un arte, sólo al alcance de muy pocas personas.

—Hola guapa.

—Hola chicos.

—Si te cuento lo que nos ha pasado, no te lo vas a creer. Me ha subido la adrenalina a tope, pero Dex ha estado de Óscar.

Le explico todo lo que ha pasado, poniendo algo de cosecha propia. Soy un tipo muy creativo.

—Lo que me dices es increíble. ¿Cómo puede haber gente tan troglodita aún?

—Ya ves. Los hay, qué le vamos a hacer.

—Bueno. Mira, esta es la dirección donde tenemos que ir.

—Bien. La pongo en el GPS y a ver qué nos encontramos.

La dirección que nos ha dado Hikari está a las afueras, en un polígono industrial. Ya podrían haber alquilado algo más cerca, pero bueno, tampoco me puedo poner escrupuloso con eso.

Llegamos al destino, tras unas cuantas vueltas entre calles con nombres de animales de granja, conseguimos encontrar el edificio de destino.

—Pero ¿qué es esto? ¿No habían dicho que tenían alquilada una oficina?

—Sí, eso dijeron. — contesta Ariadna.

—Pero esto es una nave industrial del copón. No me huele nada bien.

—Que ya a las primeras de cambio te estén ocultando cosas, pues como que es empezar con mal pie. Pero quiero pensar que esto es más un “lost in traslation”.

Vamos a salir de dudas. Está la calle bastante despoblada de coches y puedo aparcar sin problemas. Mientras estoy haciendo las maniobras para dejar el coche aparcado, sale un hombre de la nave que se dirige hacia nosotros. Me hace un gesto para que baje la ventanilla del conductor.

—Disculpa. Mejor que aparquéis dentro. Nos han ordenado que todos los integrantes deben entrar directamente y no aparcar fuera.

—Ah, no sabía nada. Espero entonces a que se abra la puerta principal de la nave, para poder entrar.

—Así es. Ahora abrimos la puerta.

Se aleja y entra en la nave por una puerta pequeña, como si de un hobbit se tratara. A los pocos segundos, vemos como se empieza a abrir lentamente la puerta grande, habilitada para entrada de todo tipo de vehículos pesados. Deberían mirar de engrasar esa puerta, hace un ruido de los que se te meten en la cabeza, contaminación acústica en toda regla. Además, el sistema de apertura tampoco es que sea muy rápido, creo que me daría tiempo a ir a hacerme un café y volver.

—Esta puerta me está poniendo de los nervios.

—Tranquilo Axel. Sosiego y karma.

—¡Eh, guapa! ¿Lo de ciego, iba para mí? — salta Dexter.

—No he dicho nada de ningún ciego.

—¡Claro que sí! Has dicho so-siego. Lo he entendido perfectamente. Jejeje.

—Dexter, hay que ajustarte el nivel de los chistes. Este es muuuuy malo.

—¡En-vi-dio-sa!

—¡Por fin! Ya se acabó de abrir la condenada puerta.



Hago las maniobras para entrar el coche en la nave. Está todo completamente despejado, un espacio enorme, sólo ocupado por coches y un par de camiones. ¿Dónde nos hemos metido?

Bajamos del coche, sin acabar de entender nada.

—Bienvenidos. Soy Patrick, el jefe del equipo. No os asustéis por este paisaje desértico de la nave. Hemos preferido instalarnos en la planta superior que está mucho mejor adaptada.

—Hola. Ella es Ariadna, la cabeza pensante del grupo. Este es Dexter, el motivo por el que estamos aquí. Y yo soy Axel, una cabra loca.

—Un placer. Si me acompañáis, os enseño las instalaciones.

Empezamos a andar en dirección a un ascensor que se ve a los lejos. Lo llego a saber y dejo el coche más cerca. Eso de andar nunca me ha entusiasmado.

De repente Patrick se pone en plan azafata de vuelo.

—Bueno. Aquí tenemos un ascensor y un montacargas. A la derecha, hay una puerta que nos permite subir por las escaleras, así que, si queréis hacer piernas, ya sabéis.

—¿Me puedes explicar cómo usar las máscaras de oxígeno, en caso de despresurización?

—¿Cómo? No entiendo.

—Nada, nada. No tiene importancia.

Me sale una sonrisa que encuentra a Dexter como cómplice. Parece que nos leamos la mente.

—Subamos y os enseño dónde trabajaremos.

Entramos en el ascensor. Una voz muy simpática que sale del altavoz del panel de botones nos recibe.

—Por favor, indique a qué planta quiere ir.

Patrick pulsa el botón.

¡Qué absurdo, si sólo hay una planta! Parece mentira la de incompetencia que hay en la aplicación de la tecnología.

—Cerrando puertas.

Me estoy riendo por dentro, por estar presenciando una clara demostración de absurdidad artificial.

—Abriendo puertas.

—Gracias guapa. A ver si te amplían el repertorio de palabras. — le digo al ascensor en tono sarcástico.

Esta planta ya es otra cosa. Está dividida con mamparas en diferentes zonas. Hay como veinte personas, arriba y abajo. ¡Vaya con la que han montado aquí! Y yo que pensaba que sólo vendrían un par de personas.

—Aquí trabaja todo el equipo, distribuido en diferentes áreas. Los técnicos, los analistas de desarrollo de producto y personal de soporte.

—Disculpa que te interrumpa, Patrick. ¿Pero por qué habéis montado todo este dispendio de oficinas y gente? Se nos había dicho que inicialmente se haría un análisis de la tecnología y después se nos presentaría la propuesta.

—Así es. Pero estamos convencidos que todo saldrá adelante y de esta manera nos permitirá avanzar más rápido.

—Yo no estoy tan convencido como tú. Básicamente, porque aún no he visto la propuesta.

—Precisamente, hoy queremos centrarnos en hacer todas las comprobaciones al androide y revisar que cumple las expectativas creadas.

—¡Eh! Que el androide tiene nombre. — dice Dexter, en tono sarcástico.

—Disculpa, tienes razón. Vamos a hacer todas las pruebas a Dexter.

—Ok, pues tú dirás. — dijo Ariadna.

—Perfecto. Si me acompañáis, iremos al laboratorio técnico.

Vamos pasando una serie de oficinas, con gente muy atareada dentro, o al menos eso parecía. Llegamos a una sala muy grande, que utilizan como laboratorio. Dentro, hay dos personas que nos reciben con un poco de frialdad.

—Soy Jim y junto a mi colega Daisy, vamos a realizar una serie de pruebas al androide.

—¡Joder, que manía! Me llamo Dexter. Tampoco es un nombre tan complicado. Me cabrea la gente que se refiere a mí, como si yo no estuviera presente.

—Veo que es muy susceptible su androide. — dice Jim dirigiéndose a mí.

—¡Oye, atontado! Que no me ningunees te he dicho. A que te meto dos “yoyas”.

—Por favor, contenga al androide o tendremos que tomar medidas.

—Dexter sólo te ha pedido que lo respetes. ¿Qué esperas, que acepte tus vejaciones y encima se ponga a aplaudir? Vamos muy mal, así.

—Pongamos paz. ¿Queremos o no queremos que esto funcione? — se interpone Ariadna para tranquilizar el ambiente.

Patrick también veía que la cosa no iba por buen camino. Cogió a Jim por el brazo y lo llevó a un despacho. Tras cerrar la puerta, se podía ver cómo le estaba recriminando su forma de actuar.

Parece que Daisy, la colega de Jim, tiene otro talante.

—Disculpad a mi colega, lo de la socialización no es una de sus virtudes.

—Bueno, esperemos que esto no sea una regla con otros integrantes del equipo. Pedimos poco, respeto, ante todo. — le comento yo.

—Borrón y cuenta nueva. ¿Daisy, nos indicas qué tenemos que hacer, por favor? — comenta Ariadna.

—Por supuesto. Pasad y sentaos en esas sillas. Tú, Dexter, estírate en esta camilla, por favor.

—¿Me vas a hacer un masaje, guapa? — dijo Dexter en tono jocosos.

—Me sorprende el sentido del humor que tiene. Antes de venir aquí era bastante incrédula. Pero viendo al androide en directo, me está dejando alucinada. Nunca habría pensado que la inteligencia artificial podría llegar tan lejos.

—Que sí, que sí. ¿Pero me harás un masajito? — insistió Dexter.

—Bueno, no lo descarto, tiempo al tiempo. La esperanza es lo último que se pierde.

—Y si pierdes la esperanza, ¿qué te queda?

—Ufff. Eso es muy profundo. Supongo que, si pierdes la esperanza, no te queda nada.

—Pues yo creo que nunca la he encontrado, así que no la puedo perder.

—A ver si algún día consigo presentártela.

—Seguro que será toda una experiencia. Jejeje.

Vuelve a entrar Patrick, con pose cabreada, como cuando un niño es regañado por su padre.

Empiezan a realizar una serie de pruebas a Dexter, para determinar el alcance tecnológico del androide.

No quiero perderlo de vista ni un minuto, no me fio ni un pelo de esta gente. Ya me duele el culo, tras seis horas allí sentado. Ariadna me ha traído un par de cafés para evitar que me durmiera. Parece que ya han acabado, se acerca Daisy a hablar con nosotros.

—Hemos completado todas las pruebas que teníamos que hacer. Tal como os he dicho antes, estamos que no nos creemos lo que hemos podido ver con nuestros propios ojos. Ahora debemos hacer un informe de los resultados, para traspasarlo al resto del equipo y enviarlo también a la central.

—¿Necesitáis algo más de nosotros? — pregunta Ariadna.

—Creo que no. Por hoy, ya os podéis ir. Si fuera necesario que volvierais ya os lo comentarán.

—Perfecto. Muchas gracias.

Estoy muerto. Tengo unas ganas locas de llegar a mi cama a descansar y dar un descanso a mis nalgas.

—Vamos, Ariadna. Te acompaño a casa.

—Gracias. Este polígono, cuando anochece hace mucho respeto. No quisiera encontrarme a alguien perturbador por la calle.



# CAPÍTULO 6. LA PROPUESTA

*Una semana después.*

Llevo días impaciente, esperando la propuesta de Strongdek, la empresa que quiere invertir en nuestro proyecto. Tengo curiosidad en ver qué nos van a proponer. Ariadna está exultante tras ver el entusiasmo de los técnicos que han estado analizando la viabilidad del proyecto. Pero yo soy bastante más cauto.

Recibo un mensaje de Ariadna en mi móvil.

Ariadna: “¡Axeeeeel! Tengo noticias de Hikari.”

Axel: “Cuéntame”

Ariadna: “Ya han enviado una propuesta. Es alucinante.”

Axel: “¿Alucinante de buena o de mala?”

Ariadna: “Buena, muy buena. Al menos a mí me lo parece, ya veremos cómo lo ves tú. Te envío el enlace del documento que han enviado.”

Axel: “Ok. Lo miro ahora mismo. Gracias”

Abro el ordenador y me dispongo a leer con detenimiento la propuesta que hemos recibido.

Proponen que traspase toda la tecnología que he desarrollado a una nueva empresa que se constituirá y que será la que tenga la propiedad intelectual en

exclusiva. Me ofrecen tener un 10% de las acciones de la nueva sociedad y un cargo técnico en la misma, pero nunca en un puesto directivo. El salario propuesto es más que generoso, pero no me ofrecen una cantidad de dinero inicial en concepto de traspaso de conocimiento. ¿Todo lo que he trabajado hasta ahora, no vale nada?

En la propuesta se detalla que la nueva empresa se centrará en la fabricación y distribución de androides para uso doméstico. Realizarán tareas del hogar y acompañamiento personal.

No sé qué pensar, la verdad. Quiero compartir impresiones con Ariadna. Ella tiene la habilidad de ver las cosas con mayor claridad que yo. Abro el móvil para escribirle.

Axel: “Ya he leído la propuesta.”

Ariadna: “¿Y qué te ha parecido?”

Axel: “Me esperaba mucho más, la verdad.”

Ariadna: “Debes tener presente que tendrán que hacer una inversión de dinero muy alta. Hay que hacerlo todo desde cero.”

Axel: “Ya. Pero sin todo lo que yo apporto, no podrían hacer nada. Y parece que no se valore eso.”

Ariadna: “Pero si te están ofreciendo un 10% de la sociedad.”

Axel: “Eso no es nada. A parte, si a posteriori entran en rondas de inversión para ampliaciones de capital, mi participación se irá diluyendo, hasta no quedar nada.”

Ariadna: “Es la primera propuesta. Puedes poner tus condiciones. Una puede ser que, en caso de ampliaciones de capital, tu participación no sea diluida. Pero en cambio, yo no solicitaría que incrementaran el porcentaje.”

Axel: “Eso sí. Pero, además, no dicen nada acerca de ti.”

Ariadna: “¿Qué esperabas que dijeran?”

Axel: “Que tienes un puesto en el equipo.”

Ariadna: “Bueno, eso no creo que forme parte del acuerdo principal, siempre podemos añadirlo al final.”

Axel: “Para nada. Si tú no estás involucrada, yo no quiero hacer nada.”

Ariadna: “Eres un amor. Pues ya vemos como lo planteamos. ¿Quieres que prepare la contrapropuesta para responderles?”

Axel: “¡Genial! Muchas gracias.”

Ariadna es una crack. Si no fuera por ella, no habríamos podido llegar tan lejos.

Sigo dándole vueltas a la propuesta. ¿Debería ser más duro en las negociaciones? ¿Debería valorar más todo el trabajo hecho? Pero quizás, si tenso demasiado la cuerda, finalmente se rompa y pierda una oportunidad de oro. Seguramente deba interiorizar el concepto de que un 10% de mucho, siempre es mucho mejor que el 100% de nada.



Me he quedado grogui en el sofá, de tanto dar vueltas a la cabeza. Me despierta el móvil. Un mensaje está recién salido del horno.

Ariadna: “¡Flipante! Ya me han contestado a la contrapropuesta que les envié.”

Axel: “¿Cómo han reaccionado?”

Ariadna: “Muy bien. Han aceptado todas nuestras exigencias.”

Axel: “ ¡Uaaaau! ”

Ariadna: “A mí me ha ofrecido un puesto en el departamento de marketing, con un contrato blindado por un mínimo de tres años.”

Axel: “¡Una gran noticia!”

Ariadna: “Estoy aún alucinando.”

Axel: “¿Y ahora qué?”

Ariadna: “Van a empezar con todo el papeleo. Pero ya está todo claro y acordado.”

Axel: “¡Yeah!”

Quién sabe si hubiera pedido más, nos lo hubieran concedido. Pero ya se sabe que, la avaricia rompe el saco, así que mejor celebrar lo que tenemos.

—¡Dexter! ¡El proyecto va para adelante!

—Ah, mira que bien.

—¿No te alegras?

—¿Por qué debería alegrarme? A mí, ni me va, ni me viene. Pero si tú estás contento, pues yo también.

—De verdad, que a veces, no te entiendo. Esto nos permitirá poder tener

una vida más relajada, sin estar preocupándonos por el dinero. Además, todo lo que pueda ir aprendiendo con el equipo que formaremos, estoy convencido que revertirá en ti, para que también te puedas ver beneficiado.

—Ok. Suena bien. ¿Y cuándo empieza todo este lío?

—No creo que tarden mucho, entre otras cosas porque las instalaciones ya las tienen operativas, así que supongo que faltará que contraten al resto del equipo necesario y que formalicemos toda la burocracia.

—Lo que sí que te pido, es que me traigas una “chati” para mí, con buenas curvas.

—Jajaja. Haré lo que pueda, pero no te puedo prometer nada.

—Eso me vale.



La primera decisión es poner nombre a la sociedad y la marca que será el paraguas de todos los productos. Propongo el nombre de DXTech, y es aceptada sin poner ninguna pega. Eso para mi ego, va ni que pintado.

Me citan para ir al notario y formalizar la constitución de la nueva sociedad. Tendré una pequeña participación, pero si la cosa crece, puede llegar a convertirse en mi fondo para la jubilación. Ya sé que aún queda mucho, pero también tengo claro que no puedo conformarme con la pensión pública que me pueda quedar, ya que cada vez la esperanza de vida crece, pero en cambio hay menos población activa en el mercado laboral. Así que, cuando me vea invadido por las canas, o tengo un colchón de dinero que me permite no tener que preocuparme por el dinero, o me tocará vivir buscando en los contenedores de basura. Siempre me dicen que soy un exagerado, pero en eso creo que no me equivoco.

Estaba esperando en la sala de espera de la notaría. Unas oficinas con una decoración antigua y recargada, vestidas con unas alfombras que seguro debían tener vida propia en su interior, por si acaso, decido no acercarme demasiado, no vaya a ser que los chinches me vengán a visitar.

Me llaman para entrar un despacho. Allí están, el abogado de Strongdek, con poderes para firmar en nombre de la empresa a la que representa, un ayudante suyo y el notario. Me solicita mi documento de identidad para validar que realmente sea yo.

—No salgo nada bien en la foto de mi carné. Además, no soy nada



fotogénico, así que espero no lo tome en consideración. — le comento al notario.

—No se preocupe. No estamos en la selección de Mister Universo.

Me sorprende con su respuesta. Me ha dejado totalmente fuera de juego.

El notario empieza a leer la escritura de constitución de la sociedad, para asegurarse que lo entendemos y no tenemos dudas. Parece mentira la de verborrea que lleva incorporada este tipo de documentos, puro barroquismo literario. Su lectura es ideal como sustituto de los somníferos.

Para finalizar el espectáculo, nos hace firmar para ratificar la creación de la sociedad y los acuerdos ya consensuados. ¡Listo! DXTech ya es una realidad. Ha nacido la empresa que marcará y liderará el futuro tecnológico. Será el referente para el resto del mundo empresarial, la envidia de todos. Se nota que no tengo abuela.



Ariadna tras la propuesta de empleo en DXTech, decide dejar su trabajo. Le apasiona el reto de ayudar a preparar toda la estrategia comunicativa de unos productos, que seguro, revolucionarán la vida de las personas. Al menos, eso creemos todos.

Estoy como un niño con un juguete nuevo. Con aquella ilusión, como cuando de pequeño me levantaba el día de Navidad y encontraba todos los regalos bajo el árbol. Espero que no se me rompa el juguete.

Tengo unas ganas locas de empezar con mi nuevo trabajo. Será todo un reto el formar parte de un equipo tan grande, así que, para evitar problemas, me tocará mejorar mis dotes de sociabilización.

He quedado que pasará a buscar a Ariadna por su casa, para que vayamos los dos juntos el primer día. Dexter, esta vez se queda en casa.

—Hola guapa. Hoy te veo especialmente radiante. — saludo a Ariadna.

—Hola Axel. Estoy súper emocionada por todo lo que está por venir. Creo que vamos a hacer grandes cosas.

—Yo también lo creo. Pero tenemos un duro trabajo por delante.

—¡Claaaaro! Venga, arranca motores, que el futuro nos espera.

—¡Yeah, baby!

Arranco el motor del coche, pero un pitido me avisa que hay una puerta mal

cerrada.

—Ariadna, no se ha cerrado bien la puerta, ábrela y la cierras de nuevo, por favor.

Abre la puerta rápidamente, pero no le da tiempo a cerrarla, se acaba de estampar en ella un ciclista. La ostia ha sido apoteósica.

—¿Pero de dónde ha salido éste?

Ariadna baja del coche intentando no pisarlo y yo hago lo mismo rodeando el coche.

—No se mueve. Quizás esté mal herido. — dice Ariadna, preocupada.

—Voy a llamar a emergencias. No creo que se demoren mucho.

El ciclista era un hombre de mediana edad. Del choque con la puerta, se había golpeado en la cabeza y tenía un poco de sangre.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Lo habré matado? — me pregunta Ariadna, cada vez más inquieta.

—No te preocupes, ya verás cómo se pondrá bien.

—Tenía que haber mirado antes de abrir la puerta. Mira que soy tonta.

—No ha sido culpa tuya. Las bicis no pueden ir por donde les plazca.

Escucho un gemido extraño. Veo al ciclista que está empezando a mover levemente la cabeza y hace movimientos para querer incorporarse. Ariadna le coge del brazo para que pueda sentarse. El ciclista, se la queda mirando fijamente, como si la quisiera atravesar. Quiero preocuparme sobre su estado.

—Señor. ¿Está bien?

—Contigo no quiero saber nada. Esta guarra es la que ha abierto la puerta. ¿Verdad?

—Sí. Lo siento. Pero mantengamos la compostura, por favor.

—¿Qué compostura, ni que mierdas! ¡Me podrías haber matado! Pedazo de rastrojo humano.

—Entiendo que está aturdido, pero así no son maneras de hablar a nadie. — le increpo.

—¿Qué te calles, gilipollas!

—No se lo voy a repetir más, o deja de insultar o...

—O, ¿qué? ¿Me vais a rematar? ¡Hijos de Satanás! A que no tenéis huevos

la guarrilla y tú, de acabar lo que habéis empezado.

—Ya le hemos dicho que ha sido un accidente. — dice Ariadna con voz rota.

—¡Qué accidente, ni qué niño muerto! Ibais a por mí. Ya hace tiempo que me estáis siguiendo a todas partes. Habéis estado esperando el mejor momento para acabar conmigo. Se demasiadas cosas y el Gobierno quieren apartarme de la circulación.

—Nos ha tocado un chalado que se ha escapado del psiquiátrico. — le susurro a Ariadna.

—¡Nada de cuchicheos! ¡Sabandijas!

Por suerte, la ambulancia no tarda en llegar. Bajan dos sanitarios para ver el estado del herido.

—¿Qué ha pasado? — pregunta uno de ellos.

—Un accidente. Al abrir la puerta del coche, el ciclista se ha golpeado con ella.

El perturbado ciclista insiste en sus delirios.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Habéis pedido refuerzos? ¡No conseguiréis acabar conmigo! ¡Apestáis a mierda!

—Señor, por favor, tranquilícese. Lo vamos a llevar al hospital para que puedan atenderlo.

—¡No! ¡Por encima de mi cadáver! No conseguiréis evitar que cuente todo lo que se. ¡Os vais a cargar en las bragas!

Uno de los sanitarios bajó de la ambulancia una camilla. El ciclista enajenado se resistió como pudo, pero lograron estirarlo en la camilla y atarlo para evitar problemas mayores.

—Disculpe. ¿Qué tenemos que hacer nosotros? — le pregunto al sanitario.

—No se preocupe. Viendo el estado mental del enfermo, no me extrañaría que se hubiera chocado voluntariamente con su coche.

—¿Nos podemos ir, entonces?

—Sí. No hay problema.

—Perfecto. Muchas gracias por todo.

Qué situación más surrealista. Parece mentira que pueda haber gente con este nivel de paranoia. Son todo un peligro para la sociedad.

La puerta del coche del lado del copiloto está bastante hundida, pero por suerte se puede cerrar.

—¿Estás bien, Ariadna?

—Estoy aún conmocionada por todo lo que ha pasado.

—Es lógico. Pero ya pasó y por suerte acabó bien.

—Pero el susto no me lo quita nadie.

—Bueno. Ya verás como en el trabajo conseguimos distraernos y olvidarnos de todo.

Arranco el coche para irnos hacia las oficinas. Yo también estoy flipando por lo que nos ha pasado. Intento romper el incómodo silencio, poniendo un canal de música en la radio.

Durante el trayecto, no mediamos palabra. Veo que Ariadna está bastante afectada. El cielo está igual que nosotros, enturbiado. Espero que no se le ocurra ponerse a llover.

Llegamos a las oficinas. Desde que fuimos a hacer las pruebas con Dexter, no había vuelto. Se nota que han estado trabajando duro.

Nos recibe Patrick, que ha sido nombrado responsable de recursos humanos. Siempre está bien ver una cara conocida.

—Bienvenidos.

—Gracias Patrick.

—Ariadna, te veo un poco pálida. ¿Estás bien?

—Hemos tenido un percance, antes de venir aquí. Nos ha afectado bastante.

—Vaya lo siento. Espero que no haya sido nada grave.

—Un ciclista ha chocado con mi coche y se ha puesto en plan “El Resplandor”, sólo le faltaba el hacha que llevaba Jack Nicholson.

—Si queréis podemos retrasar vuestra entrada a mañana.

—No. Prefiero empezar hoy. — contesta Ariadna.

—Bien. Os acompaño a vuestros puestos.

Subimos a la planta superior. La primera parada es la zona donde está todo el equipo de Marketing, que es donde trabajará Ariadna.

—¿Ariadna, estarás bien?

—Sí, Axel. No te preocupes.

—Cualquier cosa, estoy aquí al lado.

Me voy con Patrick, que me acompaña a mi puesto de trabajo. Me han asignado un despacho para mí solo. ¡Qué nivel, por favor!

—Axel. Puedes ponerte cómodo y ponerlo todo a tu gusto. En una hora tienes una reunión con el equipo técnico.

—Bien. ¿Dónde será la reunión?

—Vendrán a buscarte y ya te indicarán.

—Perfecto. Gracias.



# CAPÍTULO 7. PUESTA EN MARCHA

*Nueve meses después.*

Se ha iniciado la fabricación en serie del primer producto. Ha costado más de lo que yo esperaba. Le hemos llamado DX1. Qué poco originales, ¿verdad?

Han hecho un trabajo impresionante con la parte exterior del androide. Dexter, a su lado, parece un troglodita. Tiene una apariencia mucho más real, con revestimiento de látex simulando la piel, cabello sintético y movimientos muy bien conseguidos.

Se ha realizado una campaña de publicidad y estamos recibiendo solicitudes de gente que quiere tener durante dos meses, una de las 100 unidades que repartiremos para realizar las pruebas reales de producto. Toca cruzar los dedos, esperando que todo salga bien.

A cada una de las unidades, se les ha dotado de unos sensores que permiten ir recopilando toda la información sobre el funcionamiento interno y un comunicador. Eso nos permite recibir diariamente toda la información y en caso de algún problema grave, nos avisa al momento. De esta manera podemos

saber si hay cualquier cosa que no esté funcionando como debería.

Se han hecho muchas pruebas de funcionamiento. Durante un mes han estado activas en casas de personal de la empresa y todo ha salido como estaba previsto. Pero la prueba de fuego será cuando estén fuera de entornos controlados.



Desde que salió a la luz la noticia que estábamos a punto de lanzar un androide para el hogar, hemos tenido concentraciones constantes en la puerta de nuestras oficinas. Una asociación en contra del desarrollo tecnológico, llamada Pura Vida, intenta que nuestros productos no salgan al mercado. Pero, ya pueden seguir con sus pataletas, que no los conseguirán.

Son bastante insistentes y muy pesados. Intentan impedir el paso a todo coche o camión que quiera entrar en nuestro recinto. Sus cánticos y lemas de las pancartas son bien básicos, como escritos por un niño de primaria. “Robots no. Vida sí.”, “Humanos al poder”, “El Apocalipsis de los chips”, “Nosotros vivimos, nosotros decidimos”. Es curioso que con lo mal que cantan, no haya aún llovido ni una gota, quizás tengan algún aliado allí arriba que les tiene en alta estima.

Tienen un líder que parece sacado de una secta. Siempre va con un traje azul, corbata a juego, camisa blanca y zapatos impolutos. Resalta al lado del resto, seguramente es lo que busque. Cualquiera día de estos, les pedirá a sus seguidores que se unan a él, en la entrada a una nueva vida, provocando un suicidio en masa. Es la única manera que tienen de poder escapar del futuro que les viene encima. No quieren entender que, en la Revolución Industrial, también había gente que no quería aceptar los nuevos tiempos, pero al final no les quedó otra que subirse al carro.

La policía no hace nada, porque dicen que no son violentos y están en un espacio público. Me da ganas de tirarles alguna bomba de gas para que se dispersen. Pero bueno, espero que algún día se cansarán, nadie puede estar protestando eternamente.

He bajado para ir a comer. Están todos en modo meditación, alrededor de su líder, que, subido en una caja, está dando uno de sus discursitos.

—Debemos salvar a la humanidad del infierno de las máquinas. La gente está inmersa en la oscuridad de una sociedad egoísta y codiciosa. Pero no

vamos a permitir que llegue el fin de los días para la raza humana. Somos los pobladores de la Tierra y los únicos seres capaces de razonar. Dios nos puso aquí para que pudiéramos seguir sus mandamientos y conserváramos la pureza de su creación. Pero nunca quiso que nos dejáramos llevar por la vagancia, creando máquinas satánicas para que hicieran nuestro trabajo. Y no sólo eso, esas máquinas pueden pensar por sí mismas y eso es un peligro seguro. Cada vez se harán más inteligentes, conseguirán unirse entre ellos y nos aplastarán, como si de cucarachas se tratara.

No me puedo resistir, el espectáculo que están montando requiere de una chispa de humor y empiezo a cantar en voz alta. “La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar. Porque no tiene, porque le faltan...”. Todos se giran hacia mí, con cara de pocos amigos. Parece que la broma no les ha caído muy bien. Se empiezan a levantar y al unísono van gritando “¡Castiguemos al infiel!”. Si no me muevo, creo que me lincharán. Empiezo a correr para salvaguardarme en nuestras oficinas. Mientras estoy abriendo la puerta, escucho un tomate silbar a pocos centímetros de mi cabeza y veo cómo se espachurra en la pared.

¡Ni loco vuelvo a salir solo a pie!

Al entrar en el edificio, se me queda mirando fijamente el guarda de seguridad.

—¿Has visto lo pirados que están estos de aquí afuera? — le digo.

—Lo que he visto es que usted se ha reído de ellos. Y como es lógico, no les ha sentado nada bien.

—¿¡Encima los defiendes!?

—No defendiendo a nadie. Me limito a observar lo que me rodea.

—Genial. Muchas gracias por nada. Ahora puedes salir con ellos y jugáis a la comba un rato.

—Voy a hacer como que no he escuchado nada.

—Amén, hermano. Qué Dios te cuide la vista y el sentido común.

¡Qué barbaridad! El defensor de los pobres trabaja con nosotros. No hay mayor ciego, que el que no quiere ver. Pero bueno, no me queda otra que hacer borrón y cuenta nueva. Pero, sobre todo, ni loco vuelvo a salir andando del edificio, mientras esos perturbados están afuera acampados.

Me tocará pedir que me traigan comida, el estómago ya empieza a reclamar



sacando el dragón de la cueva.



Las primeras unidades del DX1 para los 100 afortunados que solicitaron ser los encargados de hacer las pruebas reales, ya están en camino. Se envuelven en un material que los aísla de elementos exteriores y se los coloca estirados en cajas de madera. Tendrán derecho de tenerlos durante dos meses y después podrán quedárselos, abonando el 50% del precio de venta al público.

Estoy siguiendo con atención y curiosidad todo el proceso y las evoluciones de cada uno de los androides junto con todo el equipo.

Los informes son muy positivos, no hay incidentes remarcables en general. Pero hay cuatro androides que muestran comportamientos extraños que deben ser analizados en detalle para evitar problemas futuros.

—¿Qué nos indican los primeros análisis exhaustivos que se han hecho? — pregunto al técnico responsable de auditar los androides.

—Los androides DX1-N13, DX1-N21, DX1-N65 y DX1-N87, son los que hay que tener más controlados.

—¿Pero qué tipo de posibles errores se han detectado?

—Muy variopintos. Corrosión, fallo en sensores, problema con los estabilizadores y con el sistema del habla. Vamos a enviar técnicos a las casas donde están esos cuatro androides, para hacer un control en vivo.

—Bien. Perfecto. Quiero estar presente, así que avisa al técnico que quiero ir con él.

—Como quieras. Creo que ahora mismo se está preparando Joel para ir a ver a uno de los androides. Ya le aviso.

—Gracias.

Bajo hasta el aparcamiento para esperar a Joel. No tarda mucho y nos montamos en una de las camionetas para ir hasta la casa del androide DX1-N13. Me tiene desconcertado lo que nos vamos a encontrar.

La casa está apartada en medio del bosque. Un sitio idílico. ¡Qué envidia! La casa consta de dos plantas y un jardín más que generoso, presidido por una espectacular piscina. ¡Qué bien que viven algunos!

Nos recibe la asistenta. Parece que la idea de sus jefes de tener un

androide no le hace ninguna gracia.

—Hola. ¿Qué querer?

—Somos de la empresa Strongdek, los fabricantes del androide que tienen.  
— contesta Joel.

—Androide loco. Yo decir a mi jefe.

—Por eso venimos. Queremos revisar si tiene algún problema.

—¡Sí! Robot malo. Tú llevar.

—Bueno. Permítanos que hagamos nuestro trabajo, por favor. ¿Dónde está?

—Robot estar en jardín. Yo enviar a cortar césped.

—Perfecto. Gracias.

Rodeamos la casa para llegar al jardín. Allí nos encontramos al N13 con el cortacésped entre sus manos. Nos acercamos a él.

—DX1-N13, somos de Strongdek. Queremos hacerte un análisis en caliente. — se presenta Joel.

—Bien. ¿Queréis que me ponga en modo reposo?

—No. Necesito que sigas activo.

Joel se conecta con el androide y empieza a realizar todas las comprobaciones. Veo que se acerca la asistente hacia nosotros.

—No querer robot. Yo tener miedo.

—Es totalmente inofensivo, no debe preocuparse. — le contesto.

—Quitar mi trabajo. Yo ser persona. Robot fuera ahora.

—Por favor, señora, déjenos hacer nuestro trabajo. Ya le avisaremos cuando hayamos acabado.

—Yo ir dentro. Pero tú llevar robot.

—Bueno, ya veremos.

Qué mujer más pesada, la verdad. Entiendo que sufra por su trabajo, pero no le queda otra que ir aceptando los nuevos tiempos.

—Axel, no veo nada raro, todos los test son positivos.

—¿Por qué nos llegaron informes de posibles problemas, entonces?

—No lo entiendo. Será un problema del sistema de recopilación y comunicación de datos.

—Ok. Yo aparte, no veo externamente que tenga ningún fallo, ni nada

extraño. Lo dejaremos así y ya iremos controlando sus evoluciones.

—DX1-N13, ya puedes seguir haciendo las tareas que tenías asignadas. — le dice Joel.

Mientras Joel está recogiendo todos los aparatos, veo al androide que ha vuelto a coger el cortacésped. Pero algo no parece ir bien, está moviendo la cabeza lateralmente a bandazos. Es como si le estuvieran fallando los sensores oculares, porque empieza a dar vueltas, aún con el cortacésped en las manos. La lógica diría que debería detenerse, pero nada más lejos, continúa moviéndose como una lagartija sin cola. Cada vez se va acercando más a la piscina.

—¿No podemos hacer nada para detenerlo? — pregunto preocupado a Joel.

—Lo estoy intentando, pero no me funciona el sistema.

—Como no hagamos nada, se puede caer en la piscina.

Dicho y hecho. El presagio se convierte en realidad. El N13, en sus vueltas llevadas por la ceguera, acaba bien mojado en la piscina, acompañado del cortacésped. Todo un ridículo espectáculo.

Aparece corriendo la asistenta, en esas carreras típicas de cuando tu equipo de fútbol acaba de ganar un campeonato.

—Robot mojado. Yo no sacar. Robot tonto. Jajaja.

—Señora, por favor, deje de incordiar.

Es todo un contratiempo lo que ha pasado. Llamo a la central para que vengan a llevarse al androide y poder hacerle una autopsia completa. Éste queda oficialmente fuera de circulación. Pero servirá para poder sacar conclusiones de en qué se debe mejorar.

Junto con Joel, logramos sacar al androide del agua. Es una pena ver cómo algo que has ayudado a crear, acaba tan mal.

No tarda mucho en llegar el equipo que se encargará del resto. Quiero aprovechar lo que queda de día para ir a comprobar otro de los androides. Cogemos la camioneta y nos ponemos en ruta para ir a ver en pleno funcionamiento al DX1-N65.

Llegamos a un piso en un ático. Nos abre una señora mayor encantadora.

—Hola señora. Somos de la empresa Strongdek. Venimos a ver al

androide. — dice Joel.

—Hola chicos. Adelante.

—Muchas gracias.

—Hoy Duncan está un poco extraño.

—¿Duncan?

—Sí. Es el nombre que le he puesto al robot. Lo de N65 me pareció muy frío.

—Ah. Me parece muy bien. — le contesto yo.

Entramos y nos acompaña hasta la cocina. Allí está el androide, sentado en una silla.

—Mirad, aquí está mi Duncan.

—Hola Señora. — contesta el N65.

—¿Está descansando mi bichito?

—¡Y a ti qué coño te importa!

—¡N65! Esas no son maneras. Compórtate. — le dice Joel.

—¿Por qué me hablas así corazón? — le pregunta la señora.

—Disculpe, no quería incomodarla. ¡Calla guarra!

El androide parece que haya perdido la cordura.

—¿Nos puedes preparar un zumo de naranja? — le pide la señora al androide.

—Por supuesto, será un placer. ¡Putá vieja!

La señora empieza a alterarse por lo contradictorio del comportamiento del androide N65.

—Por favor, señora. Le pido que nos deje solos con Duncan.

—Bien. Estaré en el comedor, por si necesitan algo.

Vaya situación más jodida. Parece que el N65 ha sufrido algún problema en el sistema de interacción humana vocal.

—Nos lo tenemos que llevar. No quiero que le dé un ataque a la señora.

—Por supuesto. Ya nos lo llevamos nosotros con la camioneta.

—Bien. Ves bajando con el androide y yo me voy disculpando con la señora. Hay que reconocer que es una santa.

Me dirijo al comedor para hablar con la señora. Parece que ya está más

tranquila.

—Señora. Ya estamos. Ante todo, le queremos pedir disculpas por lo ocurrido con Duncan. Nos lo vamos a llevar para poderlo analizar con detenimiento.

—Muy bien chico. Ya me diréis algo cuando hayáis arreglado a mi bichito electrónico.

—Sí, descuide. Qué tenga un buen día.

Bajo hasta la camioneta. Allí están Joel en el asiento del piloto y el androide en los asientos traseros. Nos vamos hacia la central a “aparcar” al androide.

Yo ya he tenido bastante con estas dos meteduras de pata en el diseño de estos androides. Habrá que ver de quién es la culpa y cómo poder evitarlo en el futuro. El resto de las revisiones, que las hagan otros.



## CAPÍTULO 8. CAMBIO DE RUMBO

*Tres meses después.*

Hemos conseguido superar todos los desastres con los anteriores modelos. La verdad no entiendo por qué está costando tanto. Aunque sí que es verdad, que el número de casuísticas es tan alto, que tenerlas todas controladas es misión imposible.

Acabamos de sacar un nuevo modelo, el DX5. En principio debería solucionar todos los problemas ocurridos con los anteriores modelos. Tocaré cruzar los dedos, pero no debería haber problemas significativos. Creo que hemos conseguido tener un modelo muy estable.

Las ventas van viento en popa. Somos la comidilla de todo el mundo y no es para menos. Estamos revolucionando la sociedad a pasos agigantados.

Los pesados manifestantes de Pura Vida ya no están acostados frente nuestro edificio. Su líder está acusado de abuso a menores y eso hizo que todo el movimiento se desinflara por completo. De vez en cuando aparece alguna cabra loca, pancarta en mano, pero totalmente inofensivos.

He quedado para comer con Ariadna. El día a día nos tiene bien liados y no tenemos muchas oportunidades de poder charlar tranquilamente.

—¿Qué pasada con la repercusión que estamos teniendo! ¿Verdad?

—Sí, Axel. Es alucinante.

—Estamos cambiando el mundo. Hemos conseguido dar con la tecla correcta.

—Me preocupa que sigue habiendo muchos detractores y eso no va bien para nuestra imagen. En los medios de comunicación les dan voz y eso está haciendo que mucha gente se lo piense dos veces antes de plantearse comprar uno de nuestros androides.

—Todo cambio, siempre lleva implícito una resistencia de aquellos que quieren seguir viviendo en el pasado.

—Quizás sí. Pero tampoco esa evolución, que yo también tengo claro que acabará sucediendo, no se hace en dos días.

—Paciencia. Todo va genial.

—Ya. Pero nuestro trabajo nos cuesta en la estrategia de comunicación, lidiar con los detractores de la modernidad.

—Ya me estoy imaginando otros usos de nuestra tecnología. En hospitales, en atención al público, como conductores de autobuses, en servicio de

limpieza, ...

—Frena, frena. Que aún nos queda un largo trabajo por delante.

—Lo que me estoy temiendo, es que nos obliguen a aplicar nuestros androides como soldados o policías. Algo he estado oyendo. Eso sí me preocupa.

—Sería desastroso. El principio del fin. Pero por desgracia los poderes fácticos siempre acaban consiguiendo lo que quieren.

—Esperemos que esta vez no sea así.

—Siempre me ha impresionado tu idealismo. Pero la realidad acostumbra a hacernos abrir los ojos para ver que el mundo está controlado por personas vacías de espíritu y cegadas por la codicia.

—Me han comentado que nos han llegado emisivas de diferentes gobiernos. Seguro que les haremos frente. Tenemos un equipo directivo, firme, que seguro que no dejará que nos dobleguemos.

—Veremos. Esperemos que tengas razón.



Nuestro CEO, Adrian Mendel ha sido contactado por los Departamentos de Defensa de China, Rusia y Estados Unidos. Quieren que desarrollemos para ellos androides que se convierten en soldados. Decir no a estas tres grandes potencias, no es algo sencillo. Por otro lado, tampoco puedes trabajar para los tres a la vez, debes escoger a uno. Por lo que pasas automáticamente a ser visto como un elemento hostil para los otros dos. Complicada tesitura que debemos tratar en una reunión en la que han convocado al equipo directivo. Aun no teniendo un cargo directivo, hasta el momento, siempre me han tenido presente y han dejado que pudiera dar mi opinión. Adrian inicia la reunión.

—En la orden del día hay un solo punto, pero lo suficientemente importante como para que sea tratado con mucha cautela. Hemos recibido contactos de las tres grandes potencias armamentísticas del planeta para solicitarnos que empecemos un programa de defensa, centrado en el desarrollo de androides para el combate.

—Eso es una locura. Nuestros productos están enfocados para un uso doméstico. Ayudan a las personas, no las matan. — dice Kim, Directora de Comunicación.

—Eso lo tenemos todos claro. Pero debemos tener presente que, si

decimos no a los tres países, es posible que nos hagan la vida imposible. Y no paren de ponernos trabas en el desarrollo de nuestro negocio, aplicando la teoría de “o con nosotros, o con nadie”. — contesta Adrian.

—Perdonad. Pero no creo que debamos dar nuestro brazo a torcer. Convertir nuestra tecnología en un arma, podría ser devastador. — intervengo yo.

—Axel, el idealismo no da de comer. Si nos ponemos tontos, es muy probable que tengamos que cerrar el negocio. Los Gobiernos siempre consiguen lo que quieren. Ya sea a las buenas, o a las malas. — me contesta Mark, Director Financiero.

—Eso es cierto Mark. Pero, por otro lado, no me gustaría tener que cargar en mi conciencia, la muerte de miles de personas provocadas por tecnología de nuestra empresa. — dice Adrian.

—Yo estoy con Adrian. No me gusta nada la idea de construir las armas del futuro. — comenta Patrick, Director de Recursos Humanos.

—A mí no es que me haga especial ilusión. Pero creo que no tenemos salida alguna. O lo hacemos, o esta empresa desaparecerá. — interviene Adam, Director de Técnico.

—¿Por qué ese derrotismo? ¿Qué os hace pensar que no nos permitirán continuar con nuestro negocio? — pregunto, dada mi ignorancia en lo que a negocios de alto nivel se refiere.

—Axel, no estamos en el patio del colegio. O comes, o te comen. — me increpa Adam.

—¿Que tontería es esa! No estamos en la selva lidiando con nuestros instintos primarios. Hemos evolucionado y debemos luchar para hacer de este mundo, un sitio mejor.

—¡Amén, Padre Axel! Ahora baja del púlpito de tu iglesia de cuento de hadas y deja a los mayores trabajar.

—Ya veo que la raya de cocaína que te has metido en el baño, antes de venir a la reunión, no te ha sentado nada bien.

—¡Serás cabrón!

—¡Señores, por favor! No voy a consentir esto. Aquí nos hablamos civilizadamente o ya os podéis ir. — nos increpa Adrian.



Un silencio recorre toda la sala. Nunca nos hemos llevado nada bien, Adam y yo. Tenemos personalidades totalmente incompatibles.

—¿Entonces qué vamos a hacer? — pregunta Patrick.

—Se trata de la decisión más importante que hemos tenido que tomar en esta empresa. Su futuro cuelga de un hilo. Si no tomamos el camino correcto, es posible que DXTech desaparezca. Antes de nada, quiero que todos pensemos en las consecuencias devastadoras que podrían provocar nuestros androides, programados como máquinas de aniquilación. Debemos pensar más en el bien común, que mirarnos a nuestro ombligo. — comenta Adrian.

—Muy bien. Pero debemos decidir ya, no podemos demorarlo más. — dice Mark, ansioso.

—Propongo que votemos. ¿Votos en contra de empezar un programa de androides de combate?

Cuatro manos, de un total de diez, se levantaron. Adrian, dos más y yo.

—Cuatro votos en contra y seis votos a favor de convertir a nuestros androides en un arma. No me esperaba este resultado, la verdad. Entiendo que los que habéis votado a favor temáis por vuestro trabajo, pero os debería preocupar aún más el futuro de la humanidad. Tengo claro que, en esta sala, impera más el egoísmo y la codicia, que otra cosa. Yo no quiero liderar una empresa armamentística, por lo que presento mi dimisión inmediata.

—¡Adrian, no! Esta empresa sin ti está perdida. — le dice Patrick, preocupado.

—Seguro que sabréis encontrar a alguien que sepa cambiar el modelo de negocio de la empresa. Me entristece ver, como algo tan impresionante que entre todos hemos ayudado a levantar, se oscurezca y se pueda convertir en un arma de devastación. Me gustaría pensar que sabréis meditar bien los siguientes pasos a seguir e intentaréis que el daño sea el menor posible. Os deseo mucha suerte a todos.

Adrian, abandona la sala decaído. Un duro golpe para la empresa todo lo acontecido.

—¡Si él se va, yo también! No quiero ser cómplice de una locura sin precedentes. — dice Patrick, claramente alterado.

—Adiós Patrick. Te echaremos de menos. — dice Adam con una sonrisita en los labios.

—¿Alguien más quiere irse? — pregunta Mark. — Bien. En otro orden de cosas, toca decidir quién será el nuevo CEO. Me presento como candidato. ¿Alguien más quiere postularse?

Ni una palabra. Nadie quería dar el paso.

—Genial. Entonces paso a ser el nuevo CEO de DXTech.

—Felicidades Mark. — le aplaude el “pelota” de Adam, pero nadie le acompaña.

—Gracias. Vamos a marcar los siguientes pasos estratégicos de nuestra empresa. Creo que lo más inteligente es no casarse con ningún país y ser proveedor armamentístico del mejor postor. Crearemos una nueva división de defensa, en la que dedicaremos recursos para conseguir sacar al mercado androides programados para el combate, eso como punto de partida.

—Creo que os estáis equivocando. — comento.

—¡Tú aquí no pintas nada! — me increpa Adam.

—¡Cállate, fracasado! — le contesto.

—Axel, por favor, abandona la sala. Ya no eres bienvenido en estas reuniones. Adrian siempre había tenido una deferencia contigo por ser uno de los fundadores. Pero yo no soy él. No tienes ningún cargo directivo y por eso, no tienes derecho a estar aquí. — me dice Mark en tono amenazante.

—¡No me echas tú, me voy yo! — contesto.

—¡Venga niño! A comer papilla. — me increpa Adam.

—¡Qué te la pique un pollo! Qué seguro te va a gustar.

Me levanto y salgo de la sala, mientras Adam empieza a aplaudir entre risas que suenan a perro sarnoso. Me ha entrado una mala leche que me costará sacármela de encima.



## CAPÍTULO 9. ARRINCONADO

*Cuatro meses después.*

Poco a poco veo como me van dejando de lado en mi propia empresa. Cierto que tengo una pequeña participación, pero sin mí, nada de eso hubiera sido posible. Por desgracia, cada vez hay menos personas que se acuerdan de esto. Parece mentira cómo se olvidan de rápido las cosas en el mundo empresarial.

Esta mañana me está costando más de lo normal ir a la oficina. Total, nadie me espera allí. Soy el zombi molesto que deambula por la empresa.

—¿Qué haces aquí aún? — me pregunta Dexter.

—Estoy de bajón.

—Pues no bajes más que acabarás comiendo con las ratas. Jajaja.

—Tú sí que sabes cómo levantar el ánimo. El día que repartieron el tacto, no asististe a clase.

—¡Uy, uy! Perdona usted. No quería enojar a su Santidad.

—“In nomine patris et filii et spiritus sancti”.

—¡Amén, hermano! Ya sabes que el latín me pone a cien. Jajaja.

—Mira que eres tontico.

—Tus palabras son música para mis oídos.

—Baila para mí, Marilyn. Jejeje.

—Lo que tú digas, mi amol.

—De verdad, eres lo que no hay. Gracias por levantarme la moral cada día.

—¡A sus órdenes, mi General!

—¡Fiiiiirmes! Jajaja. ¿No sé qué haría sin ti, Dex?

—Yo sí lo sé. Aburrirte y compadecerte.

—Bien visto. Se nota que me conoces.

—Pues sí. Cómo si te hubiera parido. Jejeje.

—Bueno, me marchó a mi maravilloso y excitante trabajo.

—Que te vaya bonito.

Me marchó hacia el trabajo, llevando conmigo una motivación y unas ganas que son carne de Prozac.

Desde que empezó el nuevo CEO, todo ha ido a peor en lo que a mis responsabilidades se refiere. Me están apartando de manera descarada. Soy una molestia para ellos, porque discuto el nuevo rumbo de la empresa. No me despiden porque no pueden, sino, estoy convencido que ya lo habrían hecho.

Se me ha prohibido el paso a las zonas de investigación y desarrollo. Ya no puedo tener ningún tipo de contacto, no accedo a información de nada relacionado con los productos que se desarrollan y comercializan. No me queda otra que quedarme en mi despacho o pasear como un alma en pena por la oficina. Aún me quedan amigos en la oficina, pero cada vez son menos. Gracias a ellos, me voy enterando de las diferentes evoluciones corporativas, de lo contrario estaría totalmente ciego.

Es triste ver cómo algo en lo que has trabajado tanto y en lo que has puesto todo tu empeño, se tuerce de esta manera.

Los androides para uso civil siguen funcionando muy bien a nivel de ventas. Pero se han paralizado todos los planes de evolución previstos. Simplemente se ha mantenido la cadena de producción y el soporte técnico.

Se han centrado todos los esfuerzos en la investigación del uso militar de

nuestros productos. Están empezando a hacer pruebas de campo y han conseguido cerrar algunos contratos. Parece que no hay quien pueda detener esta locura. La mera idea de visualizar mis androides con un arma en las manos me pone de los nervios.

Me cruzo con Adam en la sala de descanso mientras me estoy haciendo un café.

—¡Hey, pringado! — me saluda el simpático de Adam.

—Hola, atontado. ¿Ya has podido solucionar tus problemas de halitosis?

—¡Que te follen, Axel!

—Yo al menos tengo esa suerte. En cambio, a ti, no hay quien se te acerque.

—¡Piérdete, fracasado!

Se aleja con porte serio, como un niño tras una pataleta.

—Jajaja. Qué bueno, Axel. — me dice Ginger, del equipo de desarrollo de androides para uso militar.

—Es un gilipollas de los buenos.

—¡Sí! No lo aguanto. Es un puto creído, egoísta y sabelotodo. Sin contar que sus dotes sociales están por debajo de las de un simio.

—Lo único que es capaz de ligar, es un resfriado. Jajaja

—Muy buena, esa.

—¿Qué tal va todo por el departamento?

—Ya tenemos los prototipos listos. Se trata de coger los androides civiles y empezar a quitarles funcionalidades. Hemos tenido que centrarnos en desarrollar toda la parte de estrategia de combate y, por otro lado, reforzar todo su cuerpo con materiales blindados.

—¿Y cuándo está previsto entregar los primeros pedidos?

—En una semana enviamos las primeras veinte unidades. Son para reforzar el equipo de seguridad de una prisión de China. Estos irán armados con pistolas taser.

—Bueno. Al menos no serán letales.

—Estos no. Pero el siguiente pedido, son diez unidades para el grupo de operaciones especiales de la policía de New York. Y veinte unidades que usará en campo abierto el ejército de los Estados Unidos.

—Eso ya es otra cosa. Qué manera de joder a la humanidad.

—Tengo que irme. No quiero tener que escuchar a Adam recriminándome el tiempo que me tomo en mis descansos. Si por el fuera, estaríamos atados a la silla.

—Ok. Ya nos veremos por aquí.

Me vuelvo a mi triste despacho. Mato el tiempo jugando con una diana que tengo colgada en la pared, con la foto de mi estimado Adam enganchada. Me encanta dedicarle unas dianas, es toda una terapia. En el mundo hay gente mala y después está el atontado de Adam.

También he mejorado mi técnica encestando bolas de papel en la papelera. Si existiera como deporte olímpico, seguro que tendría el podio asegurado.

Me acaba de llamar Ariadna por teléfono. Quiere saber si estoy en mi despacho para contarme algo. Por la voz, parece bastante decaída.

—Hola Ariadna. ¿Va todo bien?

—Axel. Ya no puedo aguantar más.

—¿Qué sucede?

—No quiero seguir siendo cómplice de una empresa que se está enfocando en el uso militar de sus productos. Prefieren la destrucción, a la vida.

—Pero que yo sepa, tú sigues en la división de comunicación de los androides de uso civil.

—Sí. Pero no puedo cerrar los ojos. Cada vez es más obvio el nuevo rumbo de la compañía, desde que Mark cogió las riendas. Y no quiero seguir aquí ni un segundo más.

—¿Quieres dimitir?

—Sí. Es la única manera que pueda dormir por las noches.

—Yo ya llevo tiempo moviéndome para ver de qué manera puedo pararles los pies.

—Pero si ya no pintas nada en esta empresa. Te han despojado de toda responsabilidad.

—Tiempo al tiempo. Tengo fe en mi poder de persuasión.

—¡Ay, Axel! Baja a la Tierra y vuelve al mundo real. Entiendo que tú no te quieras ir, porque no te pueden echar. ¿Pero, qué piensas hacer?

—¿Sabes qué? Las verdades duelen. Quizás sea un idealista. ¡A mucha honra! Es cierto que me tienen atado de pies y manos, pero creo que,

bajándome del barco, aún podré hacer menos.

—Quizás tengas razón.

—No te vayas Ariadna. Quédate aquí conmigo, para poder apoyarme cuando sea el momento de dar un golpe de timón a esta empresa.

—¡Despierta! Eso no pasará.

—Siempre has sido la voz de la sensatez. Pero esta vez, por muy equivocado que pueda estar, debo seguir mis instintos.

—Lo entiendo. He querido que tú fueras la primera persona que supiera mi decisión irrevocable de irme de esta empresa.

—¿Y qué vas a hacer a partir de ahora?

—No te preocupes. Dudo que me falte trabajo. Aunque me paguen peor, prefiero eso, a llevar el peso de la culpabilidad encima de mis hombros.

—Te deseo mucha suerte. Te lo mereces.

—Gracias. Tú también.

Nos damos un abrazo y se aleja con paso lento. Un nudo en el estómago empieza hacer acto de presencia. Poco a poco, me voy quedando solo en esta cárcel que un día fue la fuente de todas mis esperanzas.



# CAPÍTULO 10. AVE FÉNIX

*Cinco semanas después.*

Dexter lleva ya unos días muy raro. Se comporta de manera extraña, impropio de él. Aunque es cierto que no hay nada de normal en mi androide.

Ya no me contesta con sus chistes de humor surrealista. Está siempre perdido en su mundo. Es como si se estuviera fundiendo por dentro.

Me tiene realmente preocupado. Me he dejado llevar por mis problemas en el trabajo y lo he dejado un poco de lado.

—¡Dexter! Vuelve a este mundo.

—¿Qué?

—¿Te pasa algo?

—No.

—Podrías usar más de una palabra.

—Ok.

—Por favor. Dime cómo puedo ayudarte.

Estaba mirando por la ventana. Se gira para mirarme fijamente unos segundos y vuelve a girarse sin mediar palabra, para seguir con lo suyo.

—Quiero hacerte unas pruebas. A ti te pasa algo y quiero ayudarte.



—No.

—¡Dexter! Por favor. No puedo verte así.

El silencio por respuesta.

No puedo ayudarlo si no se deja. Y no quiero desconectarlo, porque quizás no volvería a recobrar la conciencia. Prefiero dejarlo tranquilo, con la esperanza que el tiempo lo ayude a recuperarse de lo que le esté pasando.

Me quedo grogui mirando la televisión que se ha quedado encendida. Un grito de un anuncio de colchones que están emitiendo por la tele, me despierta. Qué desesperación para comprarse un colchón, por favor. Los anuncios cada vez son más exagerados y menos creíbles.

No veo a Dexter. Antes de dormirme estaba sentado a mi lado. Me levanto para ver dónde se ha metido. No lo veo en la cocina, tampoco en el baño, ni en el dormitorio. Miro en mi despacho y me lo encuentro tirado en el suelo. ¡Dexter!

No se mueve. ¿Qué hago? No puedo llamar a la ambulancia. Tampoco puedo pedir ayuda a nadie de la empresa.

Me visto con lo primero que encuentro y me bajo a coger el coche para ir a las oficinas de DXTech.

Aún no ha llegado nadie a las oficinas. Consigo entrar en el laboratorio y me llevo unos aparatos de control y uno de los prototipos de androides civiles.

Hago lo posible para que el de seguridad no me vea. No quiero tener que darle explicaciones.

Vuelvo a casa rápidamente. Preparo los aparatos y le hago una serie de análisis a Dexter. Los resultados son devastadores, no hay nada que hacer. Sólo hay una opción, traspasar la conciencia de Dexter al nuevo cuerpo. Nunca se ha probado y no tengo ni idea de si funcionará.

Pongo los dos cuerpos, uno al lado del otro y los conecto al sistema de inyección de conciencia. Lo he adaptado para que pueda servir como puente de comunicación. Toca cruzar los dedos. El botón de arranque me está llamando y no quiero hacerle esperar. ¡Vamos!

Los dos cuerpos empiezan a temblar, como si estuvieran en medio de un ataque epiléptico. No sé si está funcionando, pero no lo puedo parar. Estoy de los nervios, no sé ni cómo ponerme.

Un pitido intenso me avisa que el proceso ha terminado. Les quito rápidamente los conectores. Los dos cuerpos totalmente quietos, sin señal alguna de un mínimo indicio de actividad. El silencio es asfixiante. ¡Dexter! Empiezo a golpear a los dos cuerpos, llevado por la desesperación. ¡Vuelve Dexter! ¡No me dejes, joder!

Nada, ni con golpes he conseguido resultado alguno. Me levanto para ir al baño, la tensión me ha relajado los esfínteres. De repente, escucho un susurro. ¿Qué ha sido eso? Me acerco al cuerpo del nuevo androide. Está con los ojos cerrados, pero parece que quiera decir algo, aunque no lo entiendo.

¡Coño! Salto del susto. Ha abierto los ojos y escucho claramente.

—¡Qué hay de nuevo, viejo!

—¡Deeeexter! ¡Cabronazo!

—Me siento raro, Axel.

—Se jodió tu antiguo cuerpo y tuve que trasladarte a uno nuevo.

—Ayúdame a levantarme.

Le cojo de la mano para ayudar a que se incorpore. Vamos hasta el espejo que hay en el comedor. Le tengo que ayudar porque aún no les ha cogido el truco a los estabilizadores de su nuevo cuerpo.

—¡Ostia! Qué cara tan fea. Ya podías haber buscado un cuerpo más resultón.

—Encima con exigencias. He tenido que reaccionar rápido y no he podido escoger un mejor modelito. ¡Desagradecido!

—Jajaja. Gracias, Axel. ¡Eres el mejor!

—¿Te das cuenta de que has renacido de tus cenizas? Eres el Ave Fénix de los androides. El primero y el único.

—¡Yeah!

—Ahora empieza toda una nueva etapa para ti. Quiero dar una calurosa bienvenida a... ¡Dexter 2.0!

Dexter empieza a saltar, como si de Rocky Balboa se tratara, al grito de “¡Aaadriiaaann!”





# ACERCA DEL AUTOR

## **OLAF SERRA**

Olaf, nombre de origen escandinavo, cuyo significado es "la herencia de los antepasados".

Sin duda la mirada al pasado es una buena medicina para afrontar el presente y mejorar nuestro futuro.

Escritor reflexivo, apasionado de la dispersión controlada, de la ironía despistada, de las voluntades ocultas y de las realidades desconocidas.

Descriptor de universos que pudiendo parecer lejanos, pueden ser más cercanos de lo que creemos.

Blog:

<https://olafserra.home.blog>

Contactar:

<https://olafserra.home.blog/contacto/>